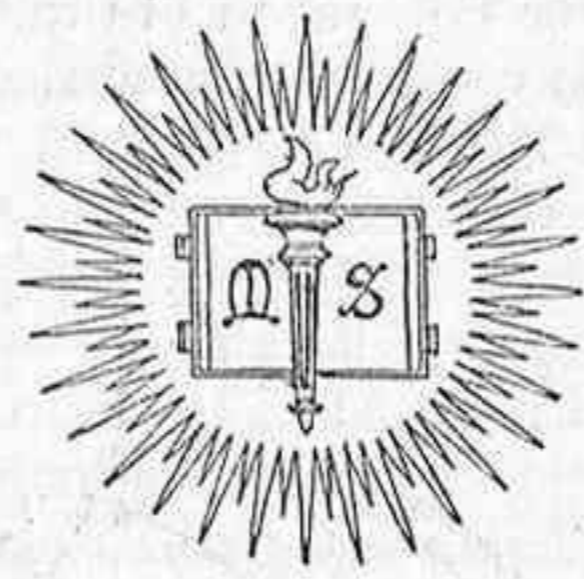


La Ilustración



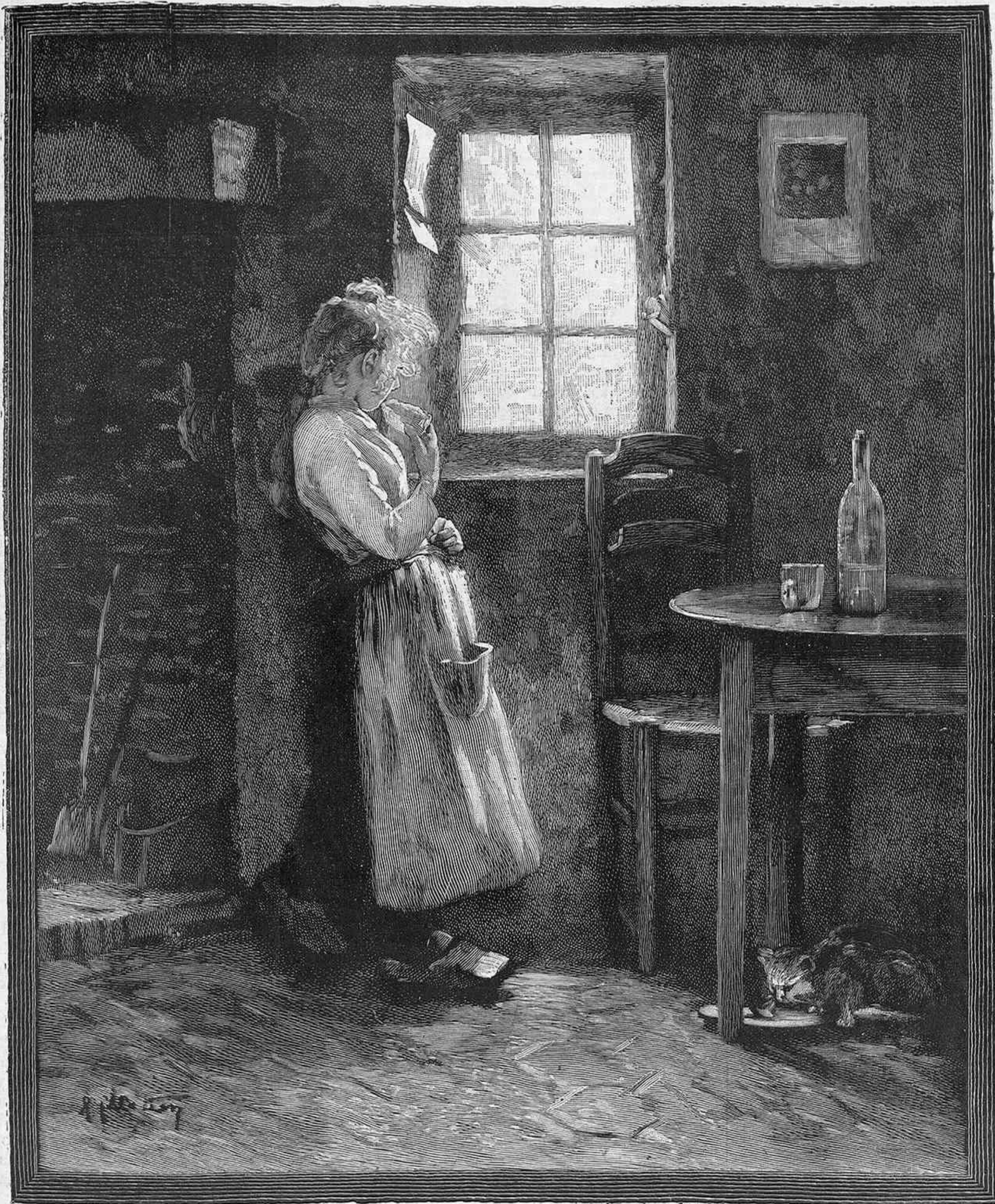
Artística

Año XXIII

← BARCELONA 20 DE JUNIO DE 1904 →

Núm. 1.173

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA CENICIENTA, cuadro de M. Chretien

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el segundo tomo de la presente serie, que es el segundo de la obra de Fernando Nicolay HISTORIA DE LAS CREENCIAS, SUPERSTICIONES, USOS Y COSTUMBRES (según el plan del Decálogo).

Esta obra de excepcional importancia puede calificarse de maestra; á ella ha dedicado su autor más de treinta años de estudios profundos, consultando más de 15.000 volúmenes, folletos, revistas y documentos procedentes de todos los puntos del globo, habiendo visto recompensado su trabajo, no sólo con el éxito inmenso que su libro ha tenido en Francia, sino además con los premios que al mismo han concedido la Academia Francesa y la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París.

La traducción de la obra ha sido hecha por D. Juan B. Enseñat, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia.

El tomo va ilustrado con gran número de grabados.

SUMARIO

Texto.—Crónica de teatros, por Zeda. — Venganza noble, por Willis Gibson. — La casa de García, comedia de los hermanos S. y J. Alvarez Quintero. — Crónica de la guerra ruso-japonesa. — Nuestros grabados. — Miscelánea. — Problema de ajedrez. — Misia Jeromita, novela ilustrada (continuación). — Deporte americano. — El lanzamiento del disco. — Libros enviados á esta Redacción. — Casa de lactancia. — Estufa esterilizadora.

Grabados.—La cenicienta, cuadro de M. Chretien. — Dibujos de F. C. Yohn que ilustran el artículo Venganza noble. — Guerra ruso-japonesa. Un contraste. Llegada á Mukden de dos trenes, procedentes el uno de Moscú y el otro de Puerto Arthur, dibujo de F. de Haenen. — Fotografías de tres escenas de La casa de García, comedia de los hermanos S. y J. Alvarez Quintero. — El japonés más importante después del emperador, el feld mariscal marqués de Oyama. — Un general japonés que trabaja día y noche, I. Fukushima, dibujos de Melton Prior. — Exposición Universal de San Luis (Estados Unidos del Norte de América). Edificios principales de la Exposición. — Carta amorosa, cuadro de Ricardo Martí. — Un bautizo, cuadro de Joaquín Agrasot. — Deporte americano. El lanzamiento del disco. — La fuente de Amor, cuadro de Juan H. Fragonard. — Barcelona. Estufa esterilizadora de leche regalada á la Casa de lactancia por S. M. el Rey D. Alfonso XIII.

CRÓNICA DE TEATROS

El público de Madrid ha hecho justicia al mérito de Enrique Borrás. Para el insigne actor, todas las noches que ha pasado entre nosotros han sido otros tantos triunfos. Sus verdaderas adivinaciones psicológicas, su poder asombroso para expresar todos los estados del alma y los más tenues matices del sentimiento, su voz y su gesto siempre dóciles á su voluntad, le dan el poder de despojarse de su propia persona para transformarse en tantas personalidades distintas como papeles representa. En el Manelich de Tierra baja es el pastor rudo de inteligencia embrionaria, cuyo espíritu, tras de moverse como á tientas en las tinieblas que le envuelven, acaba por ver clara la traición de que es víctima; en el Joan de Els vells se convierte en el pobre anciano que pretende luchar con la pesadumbre de su vejez. Es violento, apasionado y tierno en el arráz de *Mar y cielo*, todo bondad y altruismo en el Florenci de *La mare eterna*, un San Francisco de Asís en el *El místich*, un hombre angustiado por el remordimiento en *La morta*. Es dueño absoluto de sus músculos y de sus nervios, y tiene además esa fuerza sugestiva que convierte la ficción en realidad.

Ciertamente Borrás es hoy uno de los más grandes actores europeos. Ni á Novelli, ni al mismo Zaccani tiene nada que envidiar.

Su compañía, sin ser de primer orden, consta de actrices y actores muy estimables y perfectamente ensayados. La señora Morera es una excelente dama de carácter, el Sr. Soler es un buen actor y el señor Capdevila un notable actor cómico. Todos han oído —y con justicia— muchos aplausos.

Si grande ha sido el triunfo alcanzado por Borrás y su compañía, no debe considerarse como inferior el obtenido por los autores catalanes cuyas obras acabamos de ver representadas. Sin hablar aquí de Feliu y Codina y de Guimerá, ya estimados por el público de Madrid en lo que valen, justo será reflejar en estas cuartillas algo de la impresión que en los espectadores madrileños han causado las obras de *Serafi Pitarra*, Rusiñol, Iglesias y Crehuet.

* * *

De *Serafi Pitarra* nos ha dado á conocer la compañía de Borrás el drama titulado *Lo pubill*. Basada la obra del célebre dramaturgo en leyes y costumbres desconocidas del todo, ó cuando más conocidas solamente del público madrileño por referencia, no

podía despertar entre nosotros el interés que de seguro tiene para espectadores catalanes. Además, la moda, que también impone sus caprichosas leyes á la literatura, y particularmente á la literatura dramática, ha cambiado mucho desde que Federico Soler escribía hasta ahora, en que domina en Cataluña, como en el resto de España, la influencia del arte septentrional. Por esta razón el drama de *Serafi Pitarra* se oyó con respeto, pero sin entusiasmo.

En cambio á Rusiñol se le han tributado tantas ovaciones como obras suyas se han representado.

En general, las comedias de Rusiñol son tristes y melancólicas. Hay en ellas algo de ese ambiente congojoso de que el mismo artista impregna los jardines abandonados que traza su originalísimo pincel. *El pati blau* y *L'alegría que passa* dejan al espectador en ese estado que alguien ha definido diciendo «que es el placer de estar triste.» Yo quisiera explicar más concretamente la impresión que me dejan las comedias de Rusiñol: es algo así como el perfume de flores marchitas, como el recuerdo de dichas desvanecidas, como el eco lejano de la canción de nuestros amores que fuera poco á poco extinguiéndose. Cosa extraña; esta poesía melancólica más propia de la lírica que de la dramática—necesitada siempre ó casi siempre de los contrastes violentos y de los afectos enérgicos—acaba por cautivar al público y por emocionarle hondamente.

De más acentuadas líneas dramáticas que *El pati blau* y *L'alegría que passa* es *El místich*, drama en cuatro actos y de carácter que pudiéramos llamar biográfico. Preséntanse en él todas las tribulaciones por las que pasa el alma de un sacerdote virtuoso, que, inquebrantable en su santidad, acepta amargos sacrificios antes que torcer en lo más mínimo la rectitud de su conciencia. Al final del tercer acto, cuando el protagonista del drama, abandonado de todos, cae de rodillas ante la imagen de Cristo, el público de la Comedia, arrebatado de entusiasmo, aclamó á Rusiñol y á Borrás, que ciertamente llega en el papel del místico á las más altas cumbres del arte.

Trágico es y muy triste y muy deprimente el drama de Ignacio Iglesias *Els vells*. Siempre es un espectáculo conmovedor el que ofrece la ancianidad caminando fatalmente al sepulcro; pero este espectáculo es aún más emocionante cuando la ancianidad va acompañada de la miseria. Tal es el caso que nos presenta en su obra el autor de *Los viejos*. A decir verdad, el drama está inspirado en un exagerado pesimismo. Además de que existen leyes que amparan y protegen á los ancianos, cuando después de una vida laboriosa carecen ya de fuerzas para trabajar, no están los patronos tan desprovistos de piedad que arrojen á la calle, como se arroja una cosa inservible, al hombre que durante cuarenta ó cincuenta años les ha estado dando día por día todo el vigor y el esfuerzo de sus músculos. Habrá amos crueles como los amos de los protagonistas de *Els vells*, mas por honra de la humanidad debemos considerarlos como excepción.

Dada la cruel despedida de los dos viejos, todo lo que el autor nos va mostrando en su obra es de una verdad tan dura, tan amarga, que acongoja el ánimo del más indiferente espectador. Aquel último jornal recibido con alegría por las esposas de los dos despedidos ancianos; aquel revolverse de Juan contra la dura ley; aquella junta de viejos enfermos, débiles impotentes para toda especie de lucha, son verdaderos aciertos y demostración evidente del talento del autor de *Els vells*.

Acaso pueda argüirse á Ignacio Iglesias que si en lo exterior los caracteres y costumbres de los personajes que figuran en *Los viejos* se ajustan á la estricta verdad, adolecen todos, artísticamente hablando, del prejuicio del autor, que ha querido presentarnos las clases obreras como una sociedad de ángeles con alpargatas, cuando lo más triste quizás de la condición del obrero es que no siendo ni mejor ni peor que los hombres de las otras clases, pues sabido es que todos los humanos allá nos andamos en vicios y virtudes, se ve á menudo corrompido, no por culpa suya, sino por el medio en que vive.

Por otra parte, la muerte de Juan corta la obra, pero no la termina. Lo terrible del drama de la miseria no es morir al llegar á los umbrales de ella: es vivirla.

Original también de Ignacio Iglesias es el drama en tres actos *La mare eterna*. El pensamiento de la obra se reduce á demostrar que lo mejor que pueden hacer una moza y un mozo que se quieren de verdad es casarse como Dios manda. Gabriel prometió á su madre moribunda hacerse sacerdote: entró en el seminario y está á punto de ordenarse; pero es el caso que se ha enamorado de Marió, muchacha guapota y fresca que tampoco mira con malos ojos al seminarista. Ni uno ni otro se han hablado palabra algu-

na de amor, porque la promesa que, como queda dicho, hizo cuando niño Gabriel á su madre, es la mordaza que cierra los labios de ambos enamorados.

Pero llega á la masía de Andréu, padre del seminarista y tío de Marió, Florenci, un poeta tísico, enamorado de la belleza y cantor inspirado de la vida, el cual, percatado de los mudos amores de los dos primos, hace oficios de mediador y convence á Gabriel de que es mucho mejor «casarse que abrasarse,» y á Marió de que Dios bendice el amor conyugal. No es menester mucha elocuencia para convencer á los enamorados; así no es maravilla que el aprendiz de cura se resuelva á colgar los hábitos y que Marió le otorgue el sí apetecido. Tampoco es de extrañar que Andréu, que es un buen padre, transija al fin y al cabo con los amores de su hijo y su sobrina.

Como se ve por este breve relato, no hay en *La mare eterna* ni drama ni comedia siquiera, sino á lo más un idilio, cuyo asunto, aunque tratado y desarrollado delicadamente, tiene poca ó ninguna novedad y escaso interés. Quizás hubiera podido el autor dar grandeza á su pensamiento mostrándonos la lucha interna de Gabriel entre su fe religiosa y su pasión humana; pero al seminarista le preocupaba muy poco el conflicto religioso; lo que sujeta su voluntad es la palabra infantil que dió á su madre de hacerse cura, y ciertamente, aun para la conciencia más escrupulosa, el voto hecho en la niñez obliga poco.

¿De qué medio se vale el autor para comunicar á su idilio tonos dramáticos? Pues el medio que para ello emplea Iglesias es hacer morir al pobre Florenci. Para el argumento ni para la tesis de la obra maldita la falta que hace el triste fin del poeta; pero era menester para dar carácter lúgubre al drama. Bien se advierte que el autor ha querido hacer un símbolo de aquel enfermo que en los umbrales de la muerte ensalza con entusiasmo la vida; pero esto, por probar demasiado, nada prueba. No hay tísico que no se agarre con desesperados é inútiles esfuerzos á la existencia y que no la ame y ensalce; pero, francamente, los elogios que nos hace un tísico de la *mare eterna* no nos convencen. Al ver á Florenci morir asfixiado, no pensamos en la madre, sino en la madrastra.

Triste también, deprimente y lúgubre es el cuadro dramático de Crehuet titulado *La morta*. El protagonista es un viudo que después de haber asistido al entierro de su mujer, siente remordimientos por haberla engañado con otra. Esta, la otra, se persona quizás demasiado pronto en la casa del viudo, que atormentado por su conciencia é irritado por el cinismo de la intrusa, la pone, como suele decirse, de patitas en la calle.

No obstante ser, según he oído decir, muy joven el Sr. Crehuet, su drama está compuesto de una manera magistral. El triunfo que en Madrid ha alcanzado con su obra ha sido, sin disputa, el mayor—y los ha habido muy grandes para los escritores catalanes—de cuantos ha obtenido en estos días la literatura dramática catalana.

* * *

El carácter dominante del teatro catalán es la tristeza. ¿Es que, en efecto, la vida es tan angustiosa como la pintan los escritores catalanes? ¿Ha desaparecido la alegría del mundo? ¿La misma primavera es tan fúnebre como esos jardines que pinta Rusiñol? Creyendo yo, como creo, que la vida es seria y que el mundo tiene no pocas leguas de mal camino, no acierto á creer que sea sincero el pesimismo que domina en la literatura catalana de última hora. Téngolo más bien como reflejo del arte noruego y alemán, que como producto espontáneo de la hermosa Cataluña.

Poco ha contemplaba yo desde las alturas del Tibidabo la extensa planicie por donde se extiende Barcelona. Mi vista extraviada pasaba del apiñado caserío de la ciudad, dominado por altas y bellas torres, á las innumerables quintas que ostentan primores arquitectónicos en el fondo de frondosos parques ó de lindos jardines, y de allí al mar, que á lo lejos junta con el cielo sus olas azuladas. El aire, saturado de los aromas de los montes, llegaba hasta mí dando vigor y fuerza á mis pulmones fatigados... Sentía en aquellos momentos el placer de vivir, aquel perfecto equilibrio de todo nuestro ser que los griegos llamaban *zenestesia*; y ahora, recordando aquel lujo de luz, de colores, de aromas, no acierto á explicarme cómo á los escritores, poetas y artistas de aquella riente región sólo se les ocurren dramas lúgubres, poesías doloridas, cuadros melancólicos.

¿Por qué extender artificialmente sobre toda aquella hermosura las lúgubres y frías brumas del Norte?

ZEDA.

Venganza noble, por Willis Gibson

I

Aún daba señales de su reciente embriaguez Mike Egan, primer maquinista del vapor *Chippewa*, al subir las escaleras de la casa en cuyo segundo piso estaban instaladas las oficinas de la compañía de navegación La Unión, en la ciudad de San Luis, una de las más importantes de los Estados Unidos.

Con paso inseguro penetró en ellas y se acercó, quitándose la gorra, a la mesa en que trabajaba el administrador Mr. Murnane. En otra, distante apenas una vara, se hallaba el director Mr. Kehoe, quien dejó por un momento la lectura del periódico que tenía en la mano para mirar a los otros dos.

Al oír los pasos sobre la alfombra, Mr. Murnane apartó sonriendo la vista del montón de cartas que ante sí tenía; pero al hacerse cargo de quién era el visitante, tornóse seria su expresión. No le invitó a que se sentara, contentándose con dirigirle una mirada severa.

—Me han dicho que quería usted hablar conmigo, dijo Egan con tono un tanto provocativo y articulando despacio las palabras.

—Sí, contestó bruscamente Murnane. No puedo, Egan, tolerar por más tiempo sus borracheras. Saque usted del *Chippewa* todos sus efectos. El cajero le entregará lo que le corresponde de la paga de este mes.

Estremecióse Egan y se apoyó vacilante sobre el escritorio, mirando fijamente a su jefe.

Volvióse hacia Kehoe a ver qué cara ponía, pero éste se hallaba absorto en la lectura del periódico y el maquinista tornó a mirar a Murnane.

—¿Conque estoy despedido?, exclamó con voz temblorosa y apretando convulsivamente los puños. ¡Después de quince años de trabajar como un esclavo en pro de esta maldita compañía!

—Nadie más que usted tiene la culpa, contestó Murnane con un poco más de dulzura. Pasan de cincuenta las veces que le he reprendido por su afición a la bebida, sin resultado alguno. Es un crimen, Egan, poner en sus manos la suerte de los barcos y las vidas de los pasajeros.

—Borracho ó no, jamás dejé de cumplir las órdenes que he recibido, contestó con firmeza Egan. Hay muchas líneas de vapores, además de la de La Unión, que sabrán agradecer mis servicios.

Así diciendo, dirigió a su alrededor una mirada colérica y salió del despacho, no sin antes lanzar una maldición a cada uno de los dos que en él se quedaban.

Después que Egan hubo cerrado la puerta con violencia, Kehoe dejó a un lado el diario y preguntó a Murnane:

—¿A quién piensa usted poner en su lugar?

El *Chippewa* debía salir a las cinco de la tarde del día siguiente para San Pablo.

—Ya tengo un maquinista de Pittsburgo que me ha pedido colocación, contestó el administrador. Le he teleografiado que espere al *Chippewa* en San Pablo. Para el viaje de ida haré que acompañe a Jerrems el joven José Blach, que es el único maquinista que está sin colocación esta semana. Es el que estuvo en el remolcador *Arctic* hasta que se vendió.

II

Mike Egan era un americano, de origen irlandés, de unos cuarenta y cinco años de edad, de seis pies de estatura y grueso en proporción, maquinista de primera clase, que toda su vida la había pasado a bordo de los vapores; hombre poco sociable y de mal genio y sin más conocimientos que los de su profesión.

Bebía mucho y nunca terminó un viaje sin haberse emborrachado más ó menos, perjudicándose sólo a sí propio, pues no tenía padres, esposa ni hijos que sufrieran las consecuencias.

Murnane detestaba cordialmente á todos los bebedores, y no había mes en que no se propusiera despedir á Egan. Pero hasta entonces no se había decidido á hacerlo, porque á pesar de ese defecto, Egan era hombre que valía. Por mucho que bebiese, no dejaba de cumplir con su deber, que conocía per-

tante. «¡Fuera, maldito!, prosiguió Egan alzando la voz. Si vuelves antes de haber terminado mi servicio, te arrojo al río de cabeza.»

Jerrems dió parte de lo ocurrido al capitán, y ambos, junto con el piloto, que era también otro gigante, bajaron para ordenar á Egan que dejara la máqui-

na; pero cuando llegaron allí le vieron agitando sobre su cabeza desafortadamente el martillo y en el rostro pintada la expresión de estar dispuesto á cometer cualquier atrocidad.

El tratar de desarmarle hubiera podido costar la vida á alguno, así es que Travers dispuso que le dejaran solo.

Los oficiales del vapor iban muy intranquilos pensando que un borracho dirigía la máquina, llevando á bordo ciento cincuenta pasajeros y mil toneladas de carga. Jerrems no hacía otra cosa que sondear, vigilando la marcha, y desde las seis y media, á la sombra de la cocina y frente á la entrada de la máquina, se sentó el capitán, revólver en mano, dispuesto á hacer fuego sobre Egan al menor descuido que tuviera; pero éste, aunque obedecía con un poco de tardanza las órdenes de la campanilla, no se equivocó ni una vez, y sin incidente alguno terminó su guardia á las doce de la noche.

A aquella hora entró Jerrems en el departamento de la máquina, demostrando bastante atrevimiento al hacerlo así, y acercándose á Egan le dijo en tono placentero, según tenía por costumbre siempre que le iba á re-

levar: «Páreceme que ya me ha llegado el turno, Mike.»

Dejó su puesto Egan, diciendo algo entre dientes respecto á una válvula que necesitaba arreglo, y salió.

En cuanto el capitán y el piloto supusieron que ya estaría dormido, acercáronse de puntillas á la puerta de su camarote, abriéronla con un llavín, entraron con sigilo, y después de algún trabajo, lograron atarle sólidamente á la litera, dejándole que durmiera con tranquilidad la mona.

Jerrems, sin moverse de su puesto durante treinta horas, condujo el barco al término de su viaje.

Semejante escándalo no era posible que quedara impune, á pesar de sus quince años de servicio y del poco gasto de carbón que hacía á la compañía.

III

En cuanto salió á la calle Egan después de despedido, encaminóse directamente á buscar nueva colocación. Aquella tarde visitó las oficinas de las líneas de Nueva Orleans y de Memphis y las de todos los vapores de San Luis. Pero su mala fama en los centros marinos, peor tal vez de la que en realidad merecía, hizo que no encontrara acogida en ninguna parte. «No hay vacante ni probabilidad de que la haya en mucho tiempo,» le contestaban secamente todos los armadores.

Al día siguiente, viernes, día en que debía salir el *Chippewa*, entró Egan en el despacho de billetes de la compañía, arrojó por el ventanillo un billete de banco y pidió uno de primera cámara del *Chippewa* para Minneiska. Hallábase allí por casualidad Murnane, oyó la petición de Egan, y pensando hacerle un favor, sacó la cabeza por el ventanillo y le dijo afectuosamente:

—No necesitas billete para embarcar en el *Chippewa*.

—No le pido á usted favores, respondió el maquinista mirando de alto abajo á Murnane.

Antes de que el administrador pudiera replicar, el dependiente alargó á Egan el billete y la vuelta.

Viendo el mal talante en que se hallaba su antiguo empleado, fuése en seguida Murnane al vapor y previno al capitán que tuviese cuidado de que no se acercara Egan á la máquina y á Eddy Siver, el cantinero, que no le vendiese bebidas alcohólicas.

A la hora señalada emprendió su viaje el *Chippe-*



Estremecióse Egan y se apoyó vacilante sobre el escritorio, mirando fijamente á su jefe

fectamente, estando familiarizado con la mecánica, la hidráulica y la electricidad.

Era Egan un verdadero maquinista de vapor de travesía, que son mucho más inteligentes que los que tan sólo navegan en remolcadores; el que asume la responsabilidad de conducir vidas y haciendas á salvo á través de los infinitos riesgos de una navegación, adquiere una práctica que no puede lograr quien remolca balsas de madera ó barcazas de carbón por la bahía.

Por eso ni Kehoe ni Murnane estaban satisfechos con que embarcase en el *Chippewa* el antiguo maquinista del remolcador *Arctic* José Blach.

En los años últimos ya había el aguardiente comenzado á malear los servicios de Egan; pero la turca, causa de su despedida, fué, en realidad, la primera que puso en peligro la seguridad del barco. En su último viaje de retorno, el *Chippewa* había tenido que detenerse toda una tarde en Davenport en espera de unos pasajeros que debían llegar de Des Moines por el ferrocarril. Egan bajó á tierra, y á las seis, cuando ya se habían instalado á bordo los pasajeros de Des Moines y el capitán, Jorge Travers, hacía sonar el primer toque de campana, apareció tambaleándose en el muelle Egan, quien debía entrar de guardia desde dicha hora hasta media noche; pero Enrique Jerrems, el segundo maquinista, sospechando que su compañero no habría de volver en muy buen estado, había bajado á la máquina y estaba dispuesto á echarla á andar. Con paso vacilante atravesó Egan por el embarcadero, subió á bordo y se encaminó á su camarote, mientras el capitán Travers daba el último toque y gritaba al piloto que estaba todo listo. La campana advirtió á Jerrems que ciase y dió vapor á los cilindros; el *Chippewa* se separó del muelle y pronto estuvo en mitad del río. Sonó luego para que parase y pronto se detuvo la máquina, mientras el buque viraba, y al terminar dejóse oír la señal de avance. Hízolo así Jerrems, dándole mucho vapor para recuperar en parte las seis horas perdidas.

Apenas había echado á andar, cuando entró Egan en el compartimiento de las máquinas. No se había olvidado de que le tocaba entrar de guardia. Sin más preliminares cogió del yunque un grueso martillo, y adelantándose hacia donde estaba Jerrems, siniestra la mirada, le dijo con dureza: «¡Fuera de la máquina!»

Jerrems separóse y se detuvo, pero no era eso bas-

via, llevando á bordo como maquinistas á Jerrems y á José Black; este último entró de guardia, y Mike Egan se instaló en un magnífico camarote de primera cámara. Por lo general, en estación tan avanzada, suelen ser pocos los pasajeros; pero aquel año los periódicos habían hablado mucho de lo hermosas que se ponían las orillas del río cuando las hojas de los árboles adquirían los matices del otoño; así es que, en aquel viaje, salía el *Chippewa* de San Luis conduciendo 310 pasajeros, 110 más de los que podía llevar cómodamente, por lo que el exceso hubo de contentarse con comer en la segunda mesa y dormir en colchonetas en la cámara, separados únicamente por cortinas los hombres de las mujeres.

Nunca hubo pasaje más alegre y bullicioso. El tiempo era espléndido, un poco caluroso al mediodía, pero fresco en las demás horas, y por la noche la luna llena lucía en todo su esplendor, iluminando el paisaje que á una y otra banda se divisaba.

El viaje era también lucrativo. Salió el vapor con mucha carga, que iba aumentando á cada parada que hacía, con gran contento del capitán, menos cuando trajeron á embarcar unas cargas de paja destinadas á Winona.

No quería Travers recibirlas por temor á un incendio; pero el sobrecargo propuso que se apilaran á popa, sobre cubierta, bien tapadas con hules para que no pudieran llegar á ellas ni las cenizas de la máquina ni las puntas de cigarros de los pasajeros, y el capitán se dejó convencer.

Con semejante carga, natural era que Travers deseara llegar cuanto antes á San Pablo; pero desde el principio comenzó á flaquear la máquina, y el sábado por la mañana ya estaba poco menos que inservible. Confesóse José Black incompetente para manejarla, y tuvo Jerrems que pasarse componiendo y remendando desperfectos, no sólo el tiempo que le correspondía, sino la mitad del que le tocaba á Black estar de guardia.

Era Jerrems hombre de poca fibra y robustez, y como en el viaje anterior había trabajado treinta horas seguidas, hallóle muy endeble este nuevo exceso de fatigas; así es que el sábado por la noche tuvo que recogerse á su camarote con un fuerte acceso de fiebre, entregando la máquina á Black.

Por su parte, Egan había adoptado una táctica que no había previsto Murnane; de continuo retraído, ni una sola vez siquiera se había acercado á la máquina; una tan sólo había pedido una copa en la cantina, y como le fué negada, retiróse sin decir una palabra.

Así transcurrió todo el domingo y todo el lunes. A las ocho de la noche de este último día, dejaba atrás el *Chippewa* el desembarcadero de La Crosse, á seiscientas millas de San Luis. José Black no podía más. Dos días enteros encerrado al pie de la máquina, fija en ella la atención constantemente, habían concluido con toda su resistencia; y era lo peor que Jerrems no daba señales de mejoría y continuaba presa de la fiebre.

De muy distinto talante estaban los trescientos pasajeros que poblaban la cubierta, pues en lo menos que pensaban era en dormir. Estaba la noche tibia, clara y tranquila como pocas veces, y exceptuando unos cuantos, todos los demás contemplaban su belleza.

A las diez, el único pasajero que no contemplaba el delicioso paisaje era Egan, pues estaba bebiendo en la cantina. Durante tres días habíase mostrado el cantinero inflexible, pero en la noche del cuarto habíale preguntado casualmente el capitán si Egan tomaba mucho, prueba evidente de que Murnane nada

había dicho á Travers respecto á la prohibición de venderle licores. Como Siver era hombre poco escrupuloso y sólo cumplía las órdenes recibidas cuando temía ser descubierto y castigado, díjole á eso de las nueve á Egan que quedaba levantada la prohibición.

detúvose anonadado, vacilante y sin ánimos ni fuerza. Cundió entre los pasajeros el pánico. Trescientos hombres y mujeres corrieron desesperadamente á proa; en menos de dos minutos toda la parte anterior del barco quedó cubierta por una apiñada multitud que se estrujaba presa de terror.

El sobrecargo, los pilotos y marineros luchaban como héroes para que funcionase la bomba de incendios y para proporcionar salvavidas á los pasajeros, pero éstos permanecían sordos á las advertencias y consejos.

El capitán Travers apareció en la puerta de su camarote en camisa y calzoncillos. Al timón estaba Carlos Bau, timonel joven, pero de mucha sangre fría. Pronto Travers tomó su partido; se lanzó sobre cubierta, y hendiendo la multitud, fué á colocar adonde pudiera ver la caseta del timonel y comenzó á dar órdenes á grandes voces á Bau, quien no podía oír palabra por el chasquido de las llamas y rumor de la gente, pero ya sabía él qué órdenes eran las que en aquella angustiosa posición entre la vida y la muerte podían dársele; sólo podía ser una: embarrancar el barco para que pudieran saltar á tierra los pasajeros y tras ellos la tripulación.

Puso Carlos Bau el timón para que el *Chippewa* embistiese la orilla, y asiendo la cuerda de la campana, dió la señal á la máquina para que diera avance á todo vapor; pero el barco no se movió.

Por segunda y tercera vez Carlos Bau, pintada la angustia en el rostro, asió la cuerda de la campana, que sonó otra vez; pero la máquina continuaba inmóvil y el buque se columpiaba á mil pies de la orilla más próxima y las llamas se iban extendiendo por todo él. Al poco rato, sin embargo, percibióse en las chimeneas ligero soplo y la máquina se puso en movimiento.

IV

Egan salió, tras Siver, corriendo de la cantina al pasadizo, y oyendo el primer toque de Bau, aguardó con ansiedad oír el ruido de la máquina, pero nada se percibía, y Egan, sorprendido, se detuvo, comprendiendo en seguida que la máquina estaba abandonada.

Odiaba Egan á la compañía de La Unión, á sus socios, á sus empleados y á sus vapores; hacía un minuto que pedía á voces que á todos se los tragara el río, como parecía en aquel momento que se iba á tragar al *Chippewa*; pero todo lo olvidó; tan sólo se acordó de que era maquinista, y después de un instante de vacilación zambullóse en las negras olas de humo, atravesó por entre las mismas llamas y se lanzó por la escalera que conducía al departamento de máquinas. Jadeando y arastrándose sobre el vientre avanzó algunos pasos; el humo le cegaba, ahogábase el calor y en su cuerpo se clavaban las astillas de las gastadas tablas. Necesitaba orientarse, para lo cual á medida que avanzaba palpaba los objetos para encontrar alguno que le sirviera de guía; al fin llegó donde estaba la palanca y el manubrio, y haciendo un supremo esfuerzo abrió la válvula, que dió paso al vapor de cuatro calderas, y cayó desplomado, muerto sobre el pavimento.

Poco después, el *Chippewa* embarrancaba en la orilla y saltaban á tierra el pasaje y la tripulación. Todos se habían salvado; sólo Egan había perecido: así se vengaba aquel corazón noble de la Compañía que lo expulsara de su servicio.

Una hora más tarde, Black, con voz balbuciente, relataba al capitán su fuga: entonces comprendieron todos quién era el que les había salvado.

(Ilustraciones de F. C. Yohn.)



... y haciendo un supremo esfuerzo abrió la válvula

En seguida pidió whisky. Al principio mostróse resentido con Siver; pero cuando dieron las diez ya se había ablandado, y en alta voz maldecía á Kehoe, á Murnane y á toda la compañía, excitándose más y más á cada trago.

—Tú sabes, Eddy, decía, lo esclavo que he sido de esa compañía, cuánto he remendado esas calderas podridas, cuánto he untado esas máquinas gastadas. Y ahora me despiden, me ponen en la calle y me dicen que es porque bebo, como si eso le hiciera daño á nadie.

Un ruido extraño, agudo, que venía de abajo, parecido al silbido de un cohete que asciende por los aires, cortó la palabra á Egan. Apagáronse las luces eléctricas de la cantina. Aunque tenía ya la cabeza algo perdida, bien comprendió Egan lo que aquel ruido significaba y quedóse inmóvil, con el vaso de whisky en la mano.

Instantáneamente oyeron gritos confusos en la cubierta y gran rumor de pisadas; una nube espesa de humo, sembrada de chispas, penetró por la puerta de la cantina. Siver y Egan se lanzaron juntos al pasillo. El incendio había comenzado en la paja apilada que, temiendo eso mismo, había recibido Travers con tanta repugnancia.

En aquel momento estaba Black fuera de su puesto en el compartimiento de máquinas. A la luz de aquel relámpago volvióse y corrió por entre el humo para ganar la entrada de la máquina; pero al ver la pila de paja en llamas y ante lo inminente del peligro,



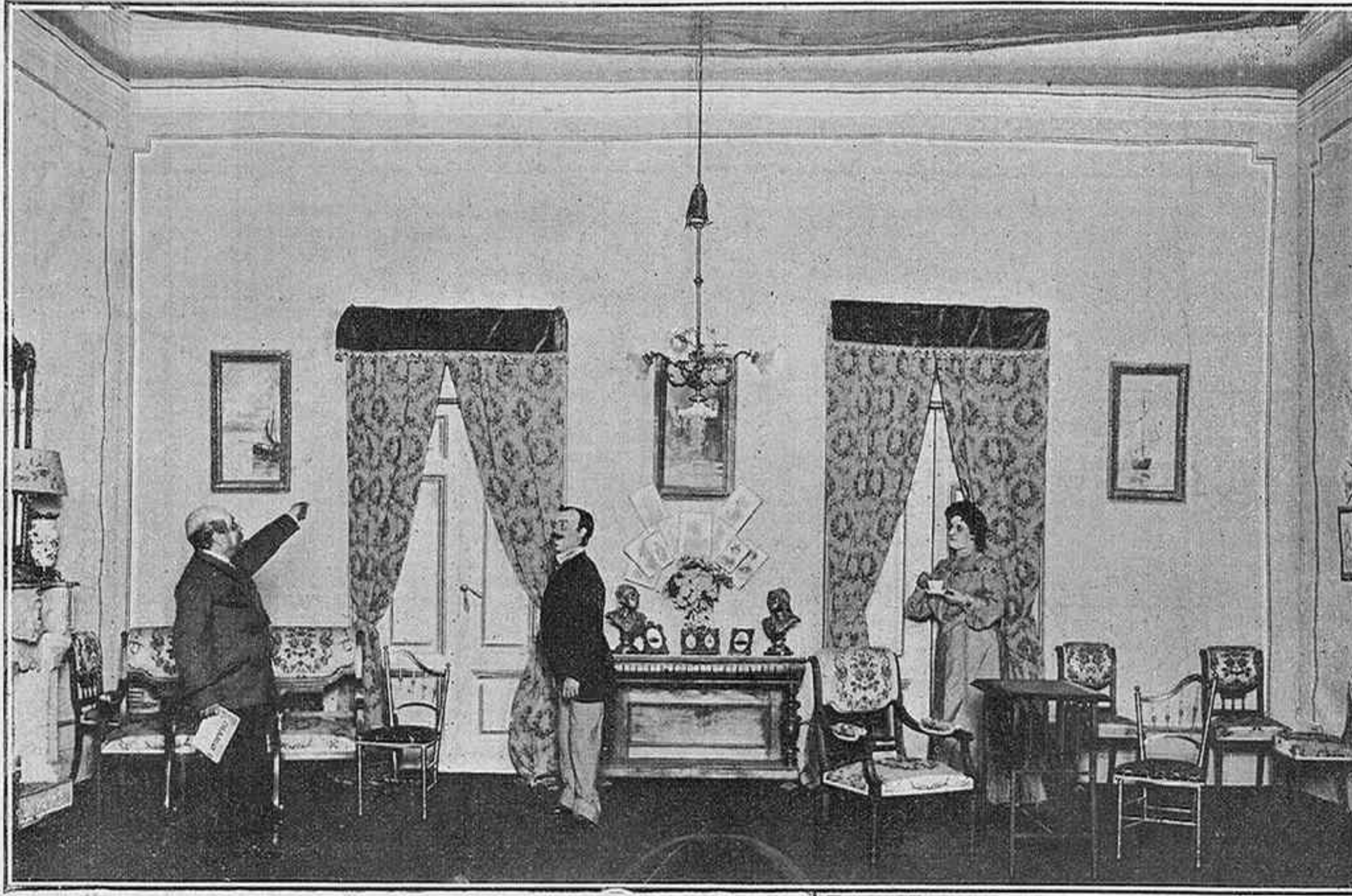
UN CONTRASTE. — Llegada á Mukden de dos trenes, procedentes el uno de Moscú y el otro de Puerto Arthur. (Dibujo de F. de Haenen, tomado de una fotografía.)

Continuamente llegan á Mukden trenes procedentes de Moscú conduciendo refuerzos; continuamente también llegan allí trenes procedentes del teatro de operaciones conduciendo heridos. En el momento en que está tomado el dibujo que esta lámina reproduce, llegan juntos á la estación un tren de cada uno de los extremos de la línea: las tropas de refuerzo, llenas de entusiasmo y contentas de haber terminado su largo viaje, saludan á los heridos; el contraste no puede ser más grande ni más conmovedor.

LA CASA DE GARCÍA

comedia en tres actos de los hermanos S. y J. Álvarez Quintero, estrenada con buen éxito en la noche del 8 del corriente en el teatro Eldorado

Respecto del primer acto de la nueva comedia de los Sres. Álvarez Quintero, las opiniones han coincidido: la presentación de aquella familia, compuesta



LA CASA DE GARCÍA. — Acto primero

de un padre sin voluntad, de tres hijos acanallados, de una esposa insubstantial, de una suegra maniática y de dos sobrinas huérfanas, almas nobles y honradas que en vano buscan en aquel hogar donde han sido recogidas un poco de calor, un poco de cariño, está hecha de mano maestra, resulta un cuadro admirablemente tomado del natural y presentado con un vigor, con un colorido, con una verdad insuperables. Aquellos tipos viven en la realidad; en ninguno de ellos se advierte la ficción escénica, y al trazarlos, han sabido los autores mantenerse en el justo medio, tan difícil de conseguir tratándose de personajes que, puestos en escena por quien no dominara el teatro, fácilmente habrían podido degenerar en caricaturas unos, y otros en seres de sentimientos falsos ó cuando menos artificiosos. La acción se desenvuelve con naturalidad suma; los chistes de la mejor ley están sembrados con mano pródiga; las situaciones cómicas se suceden continuamente sin efectos rebuscados y sin exageraciones vaudevillescas, y al final del acto se inicia el conflicto dramático, que surge espontáneo y aparece planteado de un modo magistral.

Han coincidido también las opiniones en la apreciación del acto segundo, calificándolo de muy notable, aunque no raya á tanta altura como el primero. Los caracteres siguen en él sosteniéndose con la misma lógica y solidez con que han sido presentados; el interés de la acción aumenta progresivamente; las notas cómicas abundan, y el conflicto dramático se va desarrollando naturalmente, siempre dentro del sentimiento de la realidad. Hay en él escenas primorosas, como aquella en que el padre, para salvar la honra comprometida de uno de sus hijos, propone á los otros la venta de la casa que es de todos ellos; ó aquella otra en que dos de los hermanos se enteran con fruición de que el tercero, que desdeñaba su compañía, se ha hecho culpable de un delito de robo.

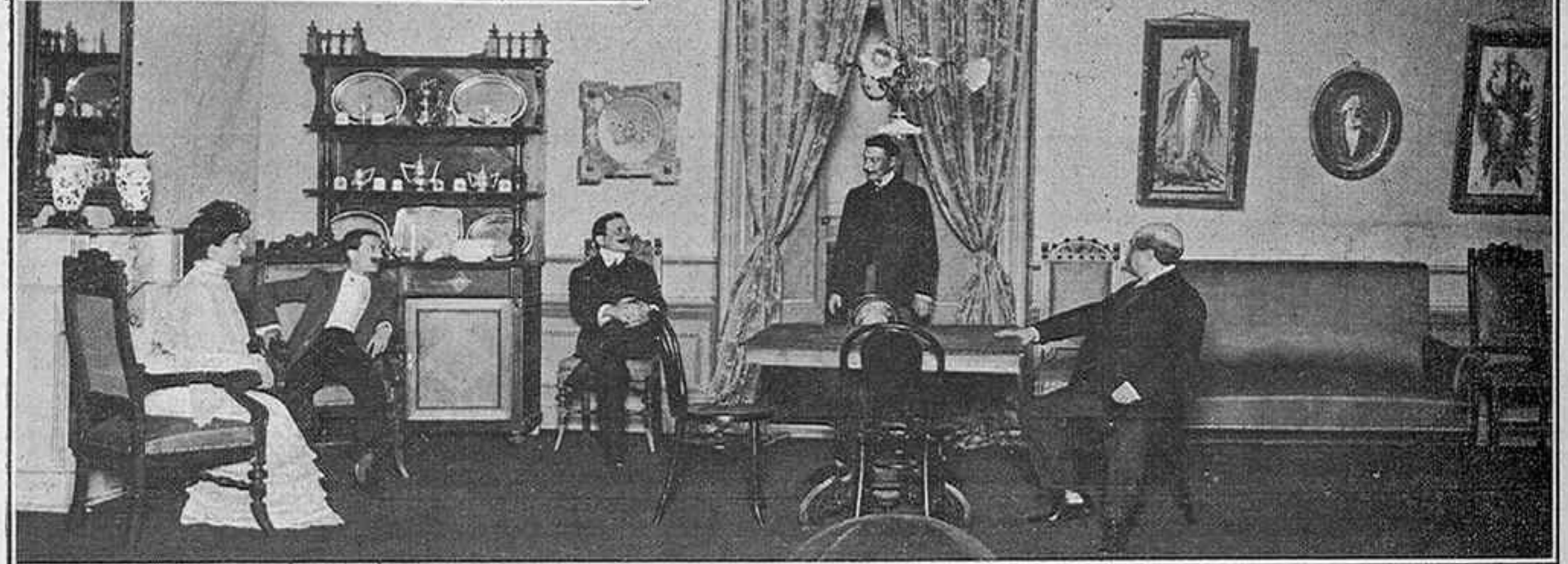
Pero aquí acaba la coincidencia de opiniones: en efecto, el acto tercero ha sido discutido, y mientras unos críticos y una parte del público han censurado el procedimiento de los hermanos Quintero, ya empleado en otras obras suyas, de dejar como en suspenso la solución del conflicto, de no presentar en la escena el desenlace definitivo de la acción, otros han aplaudido sin reserva que los autores, ciñéndose á la lógica, pusieran á la obra el único final que en realidad le corresponde.

Sea por la influencia que sobre muchos ejercen aún los recuerdos de ciertos cánones que han prevalecido durante mucho tiempo en la literatura dramática y

á los que todavía hoy rinden culto algunos dramaturgos; sea porque muchos también quieren que el autor se lo dé todo hecho, es lo cierto que una parte del público acogió con alguna sorpresa y hasta con algo de frialdad las últimas escenas de *La casa de García*. La fuga del culpable en el momento en que descubre el amor de su prima, resulta inexplicable para los que quisieran ver terminado el drama con la correspondiente boda concertada sobre las tablas, ó para los que en aquella fuga ven sólo la huida cobarde del que rendido por la adversidad no tiene valor para emprender una enérgica lucha regeneradora.

Pero en nuestro concepto, ni es necesario que César y María se casen á la vista del público, ni la huida del primero puede interpretarse del modo indicado. Basta estudiar los antecedentes de la acción y analizar los caracteres de los personajes para comprender que la comedia acaba como debe acabar.

César, en el fondo honrado y pundonoroso, influido por el ambiente que en su casa se respira, se ha hundido en el vicio y ha robado; para que pueda restituir la cantidad robada, su padre le propone que disponga de un depósito que á él le ha sido confiado, proposición que rechaza indignado el hijo. No ve éste más remedio á su situación que el suicidio; pero al descubrir el amor de María, siente despertarse en él un afán de regeneración y huye, obteniendo antes la promesa de su prima de que le esperará.



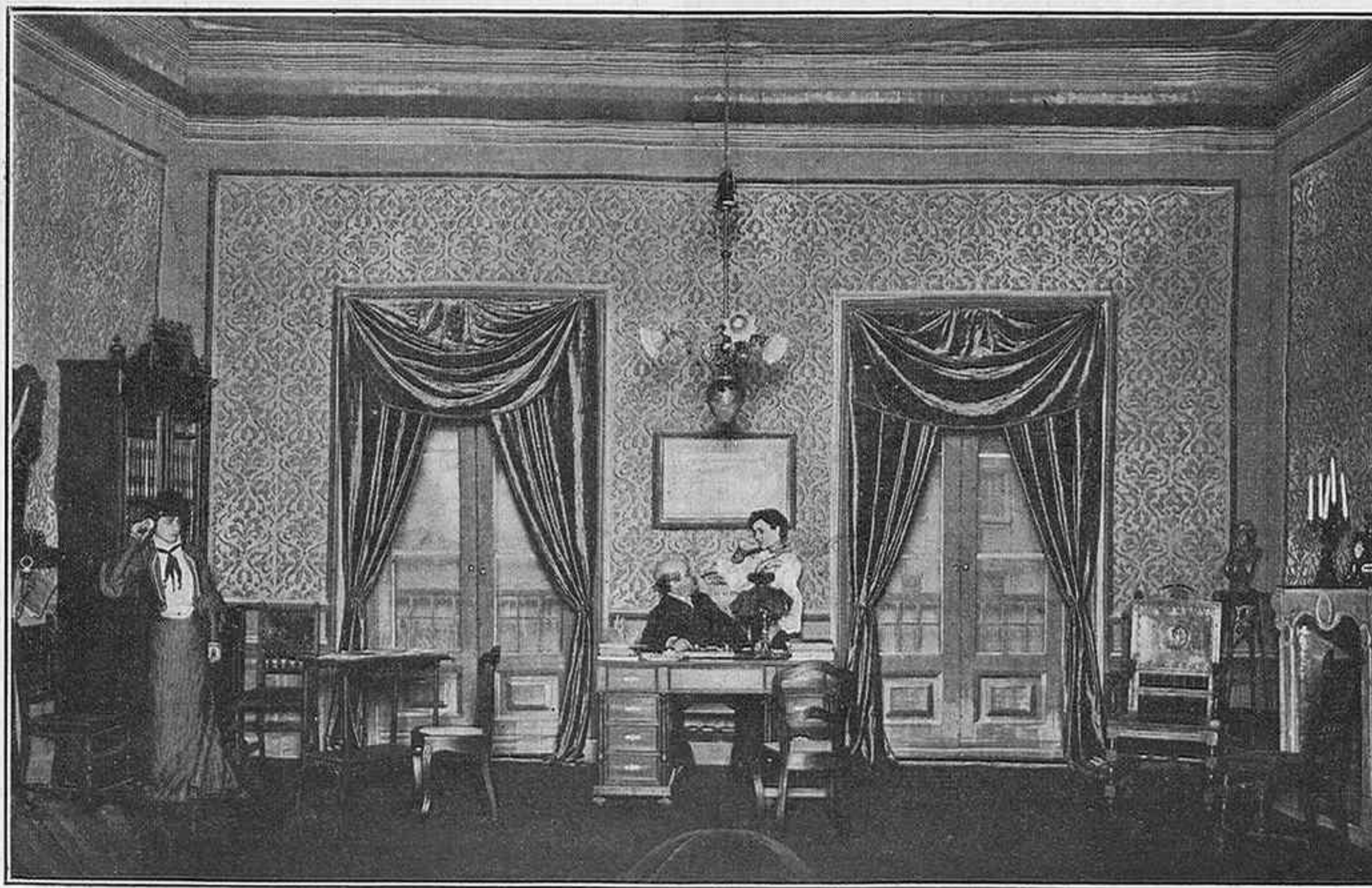
LA CASA DE GARCÍA. — Acto segundo

Esto sentado, ¿se necesita un gran esfuerzo de imaginación para comprender, sin que los autores lo digan expresamente, que César volverá regenerado y se casará con María? ¿Queríase que por arte de magia encontrara César la manera de borrar su delito y se hubiese consagrado tranquilamente al amor de su prima? Esto hubiera sido poco digno de la honradez dramática de que siempre han dado pruebas los Sres. Quintero y que tanto les honra. Estas concesiones al efectismo que busca el aplauso por caminos tortuosos no podían exigirse de quienes desde los comienzos de su carrera han visto en la literatura dramática algo más elevado que un medio de halagar las pasiones del vulgo ó de lucrarse á costa de la perversión del gusto de ciertas gentes.

Ellos presentan un tipo admirablemente estudiado, lo han puesto en una situación perfectamente lógica y no han querido falsear su carácter ni dislocar la acción para lograr un éxito tal vez más ruidoso, pero menos honrado: creemos que han obrado bien y que por ello merecen ser felicitados. Si así procedieran todos los autores dramáticos; si al escribir se preocuparan menos de lo que al parecer gusta, y más de lo que debiera gustar, otro sería el estado de nuestro teatro y otro también el mismo gusto del público, que, al fin y al cabo, no está probado si hay que hablarle en necio por ser él necio, ó si le han vuelto necio á fuerza de no decirle más que necedades.

No terminaremos sin dedicar entusiastas aplausos á

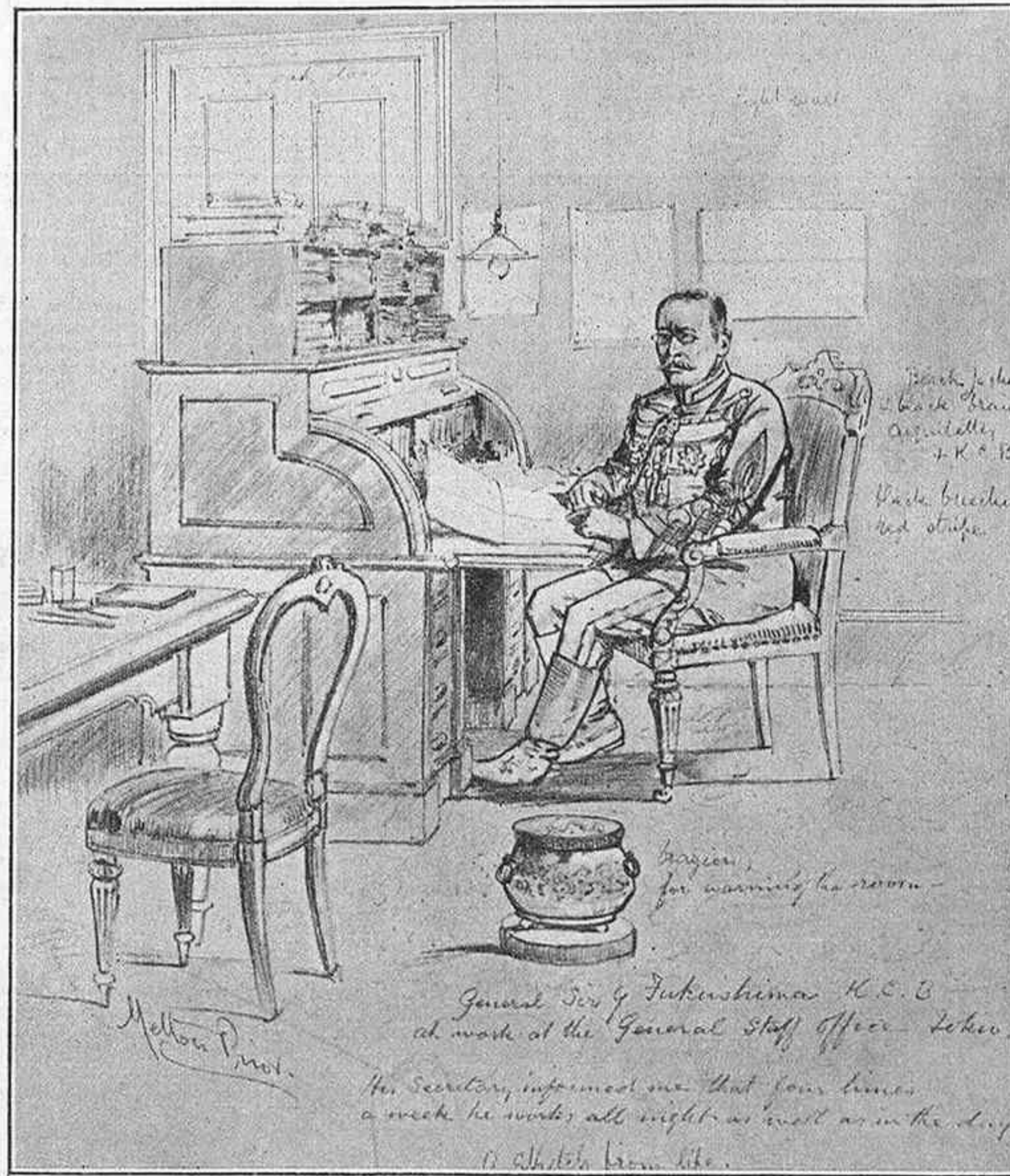
la compañía que ha estrenado la obra de los Sres. Álvarez Quintero: las señoras Pino y Alverá, las señoritas Catalá y Bremón, y los Sres. Balaguer, García Ortega, Tallaví, Mora y Manrique bordaron, como suele decirse, sus respectivos papeles.—S.



LA CASA DE GARCÍA. — Acto tercero



EL JAPONÉS MÁS IMPORTANTE DESPUÉS DEL EMPERADOR:
el feld mariscal marqués de Oyama, presidente del Estado mayor general, en Tokio
(Croquis del natural de Melton Prior)



UN GENERAL QUE TRABAJA DÍA Y NOCHE:
el general I. Fukushima, en su despacho del Estado mayor general, en Tokio
(Croquis del natural de Melton Prior)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

No hay modo de saber la verdad de lo que ocurre en el teatro de la guerra; tantas y tan contradictorias son las noticias que de allí se reciben y que dadas como ciertas un día son desmentidas al siguiente.

Véanse algunas muestras. Díjose que la escuadra de Vladivostok, al mando del almirante Skrydlof, había conseguido entrar en Puerto Arthur después de un reñido combate con la del almirante Togo, en el que éste había perdido cuatro grandes buques. Sin confirmarse esta victoria de los rusos, un telegrama de San Petersburgo anunció que el almirante Skrydlof el día 7 se dirigió á Puerto Arthur, que llegó á 30 millas de esta plaza y que habiéndose visto atacado por dos acorazados y varios torpederos japoneses sin que ningún buque de los de Puerto Arthur acudiera en su auxilio, regresó á Vladivostok, adonde arribó en la mañana del 10. Pues bien: de Vladivostok á Puerto Arthur hay 1.060 millas; Skrydlof llegó á 30 millas de este último puerto, de modo que hubo de recorrer 1.030 millas, que con otras tantas para el regreso son 2.060: resulta, pues, que en tres días salvó esta distancia, lo que da á sus buques un andar de 29 nudos por hora, aun suponiendo que no se entretuvieron en el supuesto combate. Este dato por sí solo demuestra el caso que puede hacerse de la tal noticia.

Oportunamente dijimos que las pérdidas de los japoneses en los combates de Kin-Tcheú (21 á 26 de mayo) ascendieron, según el parte oficial del almirante Okú, á 3.500 hombres; sin embargo, un escritor militar ruso muy apreciado y que colabora en uno de los principales periódicos técnicos de San Petersburgo, asegura, fundándose en datos que dice haber recibido de una fuente auténtica japonesa, que el número de aquellas bajas se eleva á 20.000.

Finalmente, hasta aquí se había dicho que Puerto Arthur era inexpugnable, que tenía víveres y municiones para resistir mucho tiempo y que el espíritu de la guarnición era inmejorable, y ahora un espía chino detenido por los rusos dice que las provisiones de la plaza no bastan para resistir un sitio de dos meses, que los distintos bombardeos de los japoneses han causado graves daños á la ciudad y que el estado moral de los sitiados está muy abatido. Y aunque estas noticias son de origen muy dudoso, siempre resulta que es imposible saber de cierto lo que en el Extremo Oriente sucede.

Y si esto acontece tratándose de hechos tan importantes como los que dejamos consignados, ¡qué no será en punto á detalles ó á operaciones de menos trascendencia, como por ejemplo los encuentros parciales, las escaramuzas entre las avanzadas de

ambos ejércitos en los distintos sitios del teatro de operaciones!

Por esto al hablar de estos combates, consignaremos las noticias que parecen más verdaderas, y aun las consignaremos con las debidas salvedades.

En la Mandchuria ha comenzado el movimiento de avance del cuerpo de ejército que manda el general Kuroki. Cuatro columnas han avanzado por los caminos de Saimatsé, de Liao-Yang, de Kai-Chang y Siú-Yen, habiendo ocupado varias poblaciones que estaban guardadas por guarniciones rusas. Los partes que de los dos campos se reciben concuerdan plenamente acerca de los resultados obtenidos; en lo único en que difieren es en que, así como los japoneses pretenden haber desalojado á los rusos después de encarnizados combates, los rusos dicen que han retrocedido lentamente ante las fuerzas superiores del enemigo.

Entre las poblaciones ocupadas por los japoneses figuran Siu-Yen y Saimatsé, á las que atribuyen aquellos gran importancia estratégica y cuya pérdida ha causado profunda impresión en San Petersburgo. Saimatsé está situada al Norte de Feng-Hoang-Tchen, casi á igual distancia de Liao-Yang y de Mukden, domina los caminos que conducen á estas dos ciudades y puede servir de punto de apoyo para envolver el ala izquierda de los rusos; y ya se dice que una columna japonesa de 25.000 hombres ha salido de Saimatsé en dirección á Mukden, mientras otra avanza sobre Liao-Yang evitando el desfiladero de Mo-Tieu-Ling, por donde pasa la carretera mandarín y que los rusos han fortificado sólidamente. En cuanto á Siu-Yen, situada á 65 kilómetros de Kai-Ping y á 70 de Hai-Tcheng, domina por completo los caminos que conducen á estas dos poblaciones. La tercera columna japonesa que se ha posesionado de Siu-Yen marcha sobre Hai-Tcheng, mientras una cuarta y una quinta columnas, cuyos movimientos están combinados con los de la tercera, se encamina hacia Kai-Ping.

Siguiendo estos movimientos con el mapa del teatro de la guerra á la vista, se comprende la impresión que han producido en San Petersburgo, en donde se entrevén grandes dificultades para el general Kuroki y se habla ya de la necesidad y aun de la obligación en que éste se encuentra de emprender la retirada á fin de no verse envuelto por la izquierda y de evitar que sea cortada á su retaguardia el ferrocarril, única línea de comunicación y de aprovisionamiento de que dispone.

Por la parte de Puerto Arthur han comenzado las operaciones formales. El asedio de la plaza se va efectuando poco á poco, y los japoneses van acumulando allí el material de sitio que es indispensable

para dar el asalto cuando llegue el momento oportuno. Cuando escribimos esta crónica, llegan noticias telegráficas dando cuenta de reñidos combates librados en los días 14 y 15 en Vafanhoo por una columna rusa enviada con objeto de distraer una parte de las fuerzas sitiadoras de Puerto Arthur. Ignóranse todavía los detalles de estas acciones, si bien se dice que los rusos hubieron de ceder ante la gran superioridad numérica del enemigo y que las pérdidas por ambas partes fueron considerables.

Recíbense asimismo noticias que podemos considerar como fidedignas, puesto que proceden de Tokio, de haber sido echados á pique en el estrecho de Corea dos transportes japoneses, el *Sadomaru* y el *Itachimaru*, que conducían tropas. Es de suponer que fué la escuadra de Vladivostok, que manda el almirante Skrydlof, la que realizó este golpe de audacia.

A propósito de este almirante, creemos de interés reproducir lo que acerca de él ha escrito el corresponsal de un importante periódico francés que lo conoció en San Petersburgo.

Skrydlof es un jefe intrépido, atrevido en el consejo, obstinado en la acción, fértil en invenciones, audaz y astuto á la vez, un eslavo con cualidades de occidental. Tiene fe en la buena estrella rusa; no ha dudado nunca del éxito de la guerra; ha deplorado las incertidumbres, las lentitudes y las ilusiones de los primeros días de la lucha; ha preconizado desde el primer momento la acción, la energía, y ha dicho que la condición de vencer estribaba en la inmediata voluntad de acometer. El fué quien, en 15 de febrero, fué á echarse á los pies de la emperatriz María Feodorowna suplicándole ardientemente que interpusiera toda su influencia para que fuesen nombrados para el mando del ejército de tierra y de la escuadra dos jefes decididos y emprendedores.

Habiéndole preguntado el citado corresponsal cuál sería su táctica, respondió: «La ofensiva; pero la ofensiva no quiere decir imprudencia, puesto que la prudencia y la osadía pueden perfectamente armonizarse.»

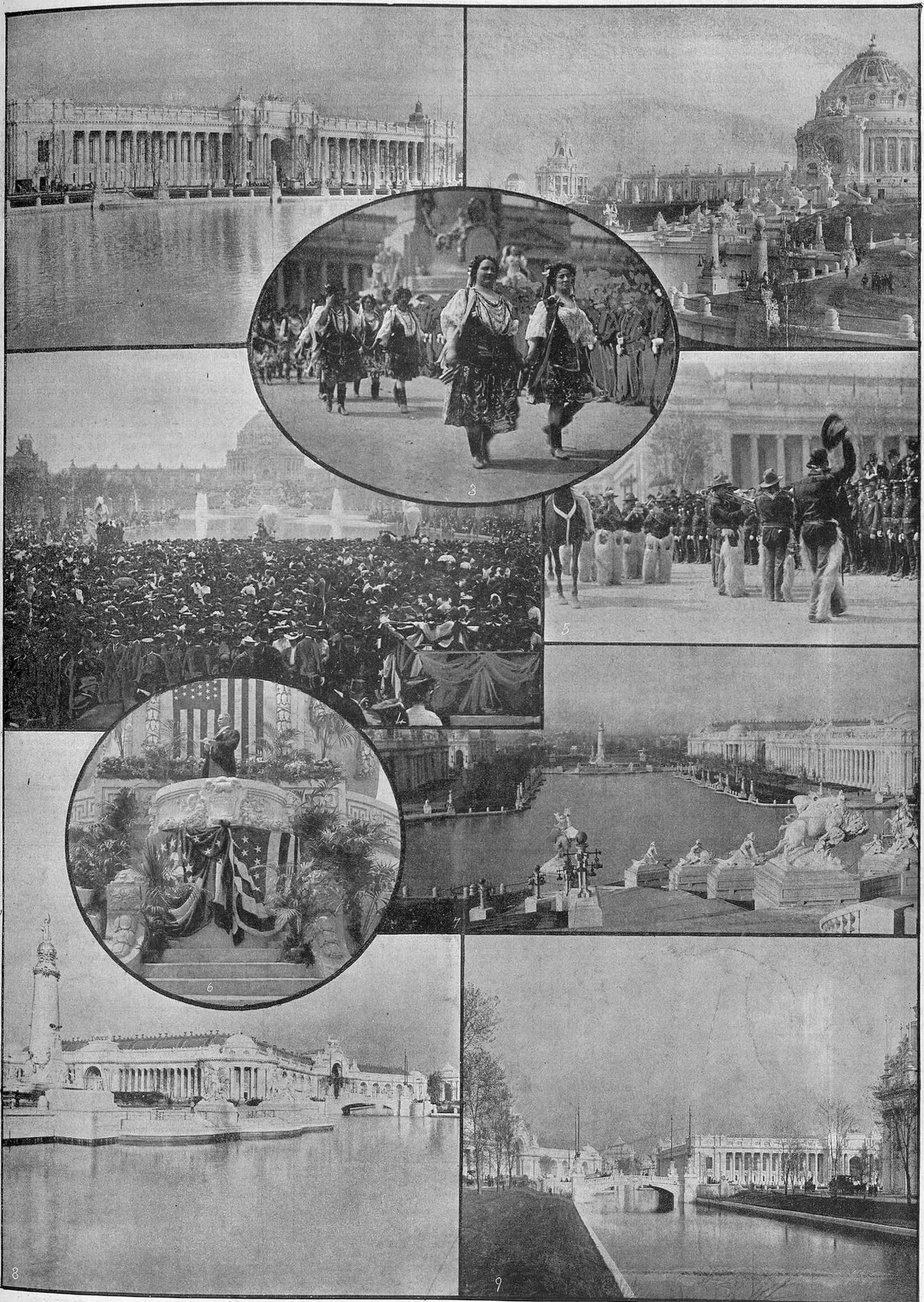
Pocos días después de haberse roto las hostilidades, cuando la escuadra rusa de Puerto Arthur había ya sufrido los primeros reveses, dijo sonriente: «Nada hay irreparable. Lo importante es que el jefe supremo adopte una táctica.» Y Skrydlof tiene una táctica: si ha ido á Vladivostok, ha ido contra su voluntad, pues comprendía que su puesto estaba en Puerto Arthur, en donde se luchaba y desde donde habría podido, á poco que la suerte le ayudara, contrariar los desembarcos de los japoneses y secundar la acción terrestre de Kuropatkine. Pero el día que llegó á Kharbine estaban ya cortadas las comunicaciones

Exposición Universal de San Luis. (Estados Unidos del Norte de América.)

Edificios principales de la Exposición



Templo de la Fraternidad. - Palacio de México. - Palacio del Estado de Arkansas. - Palacio del Estado de Missouri. - Palacio del Estado de Indiana. - Palacio del Estado de Virginia Occidental. - Palacio del Estado de Nueva York. - Palacio de Manufacturas. - Palacio del Estado de Ohio. - Palacio del Estado de California. - Palacio del Estado de Pennsylvania. - Palacio del Estado del Colorado. - Pabellón restaurant del Este. - Palacio del Estado de Nueva Jersey. - Palacio de fiestas y cascada central. - Palacio de Alemania. - Palacio del Estado del Illinois. - Palacio del Estado de Iowa. - Palacio de las Artes Liberales.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE SAN LUIS. - 1. Palacio de la Educación y de la Economía Social. - 2. Cascada central. - 3. Bailarinas egipcias. - 4. La multitud presenciando el acto inaugural de la Exposición. - 5. La banda de los Cowboy. - 6. Mr. Francis, presidente de la Exposición, pronunciando su discurso inaugural. - 7. Palacio del Estado de Luisiana y Palacio de la Educación. - 8. Palacio de Manufacturas y Palacio del Estado de Luisiana. - 9. Palacios de la Electricidad, de la Educación y de Manufacturas. (De fotografías de Grantham Bain.)

con Puerto Arthur; y aunque él se obstinaba en dirigirse á la citada plaza, fletando para ello un barco chino, disfrazándose, embarcándose sin ningún aparato en un punto cualquiera de la costa y desembarcando de noche en Puerto Arthur, hubo de ceder á la voluntad del virrey Alexeief, que considerando el proyecto temerario, se opuso á que lo llevara á cabo.

Si Skrydlof, mediante un golpe de audacia, lograba entrar en Puerto Arthur con los tres buques de que dispone y que son los mejores de la armada rusa, tal vez se modificaría la situación de la plaza y la guerra tomaría un nuevo sesgo.—R.

NUESTROS GRABADOS

Carta amorosa, cuadro de Ricardo Martí.—Si los cuadros de flores y paisajes que produce Ricardo Martí cautivan por la belleza y frescura de sus tonalidades, no menos interesan las obras de otros géneros que ejecuta. Discípulo de su buen padre, el que fué distinguido pintor Martí y Alsina, demuestra que su espíritu se saturó de las enseñanzas que recibiera, rindiendo al ideal artístico, la belleza, el tributo que aprendió á consagrarle, sin que por ello prescindiera del estudio que el natural le ofrece. Prueba de ello el hermoso cuadro que reproducimos, perteneciente á un inteligente coleccionista de esta ciudad.



Carta amorosa, cuadro de Ricardo Martí

La Cenicienta, cuadro de M. Chretien.

—¿Quién no recuerda el precioso cuento de Perrault, cuyo título ha sido adoptado por todo el mundo para designar á las niñas maltratadas por sus padres, estableciendo una diferencia repugnante entre ellas y sus hermanas colmadas de cariños y de atenciones? La Cenicienta del cuadro de Chretien no vive en el ambiente en que el célebre cuentista francés puso á la protagonista de su narración; su hogar es más humilde; sus padres y sus hermanas no han ido al sarao del príncipe; pero el abandono, la falta de calor que dé vida á su alma sensible son los mismos. Y quién sabe si también sueña la infeliz muchacha con la aparición de una hada que con su varita mágica la cubra de ricas vestiduras y haga surgir ante sus ojos la espléndida carroza tirada por briosos caballos que la conduzca al palacio en donde el baile se celebra. La imaginación, las ilusiones, los ensueños, son una de las principales riquezas del pobre, uno de los mayores consuelos del desgraciado; esa chiquilla sola, en aquella mísera vivienda, comiendo un mendrugo de pan y fijando su vista en la calle que al través de la ventana se adivina, acabaría sin duda por morir de tristeza y de consunción, si de cuando en cuando su fantasía no le hiciera soñar y recordar aquellas pastoras de las consejas á quienes el amor de un poderoso llevó á vivir en palacios de oro y pedrería.

Un bautizo, cuadro de Joaquín Agrasot.— Otro cuadro de costumbres valencianas, que forma parte de la



Un bautizo, cuadro de Joaquín Agrasot

copiosa serie de producciones de este género que ha ejecutado el distinguido pintor Joaquín Agrasot, nos cabe poder dar á conocer á nuestros lectores. Entre los muchos merecimientos que enaltecen al decano y maestro de los artistas de la hermosa ciudad del Turia, figura en primer término la interesantísima labor realizada, dedicando á su pueblo natal el caudal de su inteligencia y sus aptitudes envidiables, para presentarle en su aspecto más pintoresco y agradable. El cuadro titulado *Un bautizo*, es una composición altamente simpática, ejecutada con singular acierto y trasunto fiel del natural.

La Exposición Universal de San Luis.— Ante un concurso de 200.000 personas inauguróse hace pocas sema-

nas esta Exposición que permanecerá abierta siete meses y que consta de unos mil edificios y catorce magníficos palacios. De la grandiosidad de esta Exposición puede formarse idea por las láminas que en el presente número publicamos. El coste total de las obras ha sido de diez millones de libras esterlinas (250

millones de pesetas): dos millones han sido dados por la ciudad de San Luis, 1.400.000 fueron votados por el Congreso, otro tanto dieron los cincuenta y un Estados y territorios de la Unión, y á tres millones asciende la suma gastada por los gobiernos extranjeros. La Exposición fué inaugurada por el Presidente de la República Mr. Roosevelt, quien, desde su residencia de la Casa Blanca y oprimiendo simplemente un botón eléctrico, puso en movimiento las máquinas, abrió los juegos de aguas y cascadas y, en una palabra, comunicó la vida y el movimiento á aquel cuerpo inmenso, antes inanimado. Con esta Exposición se conmemora el centenario de la reunión á los Estados Unidos

de la Luisiana, que les fué cedida por Francia, y es la más grande de cuantas hasta el presente se han celebrado: en efecto, la de Búfalo ocupaba una superficie de 120 hectáreas; la de Chicago, 260; y la última de París, 112. En ella están representados cuarenta y cuatro Estados de la Unión y cincuenta naciones extranjeras.

La fuente de Amor, cuadro de Juan H. Fragonard.—Nació este célebre pintor francés en París en 1734 y murió en la misma ciudad en 1806. Quiso su padre que fuera notario, pero su vocación le llevó al estudio de la pintura, habiendo sido sucesivamente discípulo de Chardin, Vanloo y Boucher. Proclamado gran premio de Roma, fué á Italia, en

donde pudo perfeccionar sus aptitudes, y á su regreso pintó en 1765, para su ingreso en la Academia, el cuadro *Corso y Calirhoa*, que fué extraordinariamente admirado. Entonces Fragonard tuvo la satisfacción de ver acudir á su taller á los más ricos aficionados. Poco después, y en vista del poco éxito que tuvo un cuadro, *La visita de la Virgen*, que le encargara el duque de Grammont, renunció á la pintura histórica y pintó una serie de lienzos de asuntos de amor y voluptuosidad, que hicieron de él el pintor de moda, lo que le permitió juntar una gran fortuna que perdió en los días de la Revolución. La Asamblea Nacional le concedió un empleo de conservador del Museo. De sus pequeños cuadros merecen citarse *Los azares del columpio*, *juramento de amor*, *Sacrificio de una rosa*, *El contrato* y sobre todo *La fuente de Amor*, que reproducimos en la página 423 y que figura actualmente en una de las más importantes galerías particulares de Londres.

MISCELANEA

Bellas Artes.—FLORENCIA.—Una obra de la juventud de Miguel Angel que se consideraba perdida, un crucifijo modelado en madera entre 1492 y 1494 para la iglesia del Espíritu Santo y del cual hablan con gran elogio Condivi y Vasari, ha sido recientemente encontrada por H. Thode. Esta obra fué sacada del altar mayor de dicho templo que en otro tiempo adornaba, con motivo de una restauración, y colocada más adelante entre dos imágenes de la Virgen y de San Juan en el trascoro, en donde hasta ahora ha permanecido inadvertida.

Teatros.—Barcelona.—En el teatro de Novedades se ha estrenado con gran éxito *La zagala*, preciosa comedia en cuatro actos de los hermanos Alvarez Quintero, en cuya ejecución alcanzaron justos y muy entusiastas aplausos la Sra. Guerrero y el Sr. Díaz de Mendoza. Con menos éxito se ha estrenado en el propio teatro *El dragón de fuego*, obra en tres actos y un epílogo de D. Jacinto Benavente, que aunque admirablemente escrita y llena de hermosos pensamientos, no logró interesar al público: ha sido puesta en escena con un lujo y una propiedad extraordinarios. En el Eldorado se ha estrenado con poco éxito *Madame Flirt*, comedia en cuatro actos de Gavault y Berr, arreglada del francés por el Sr. González Llana. También en el Eldorado se ha celebrado una función en honor de la compañía catalana que dirige D. Enrique Borrás y de cuyos grandes éxitos en Madrid da cuenta en la crónica de este número nuestro querido colaborador Zeda: pusieron en escena *El pati blau* y *El patio*, habiendo obtenido grandes ovaciones, así los actores catalanes que desempeñaron admirablemente el hermoso idilio de Rusiñol, como los artistas de la compañía dirigida por el Sr. Balaguer, que interpretaron con su acostumbrada maestría la preciosa comedia de los señores Alvarez Quintero.

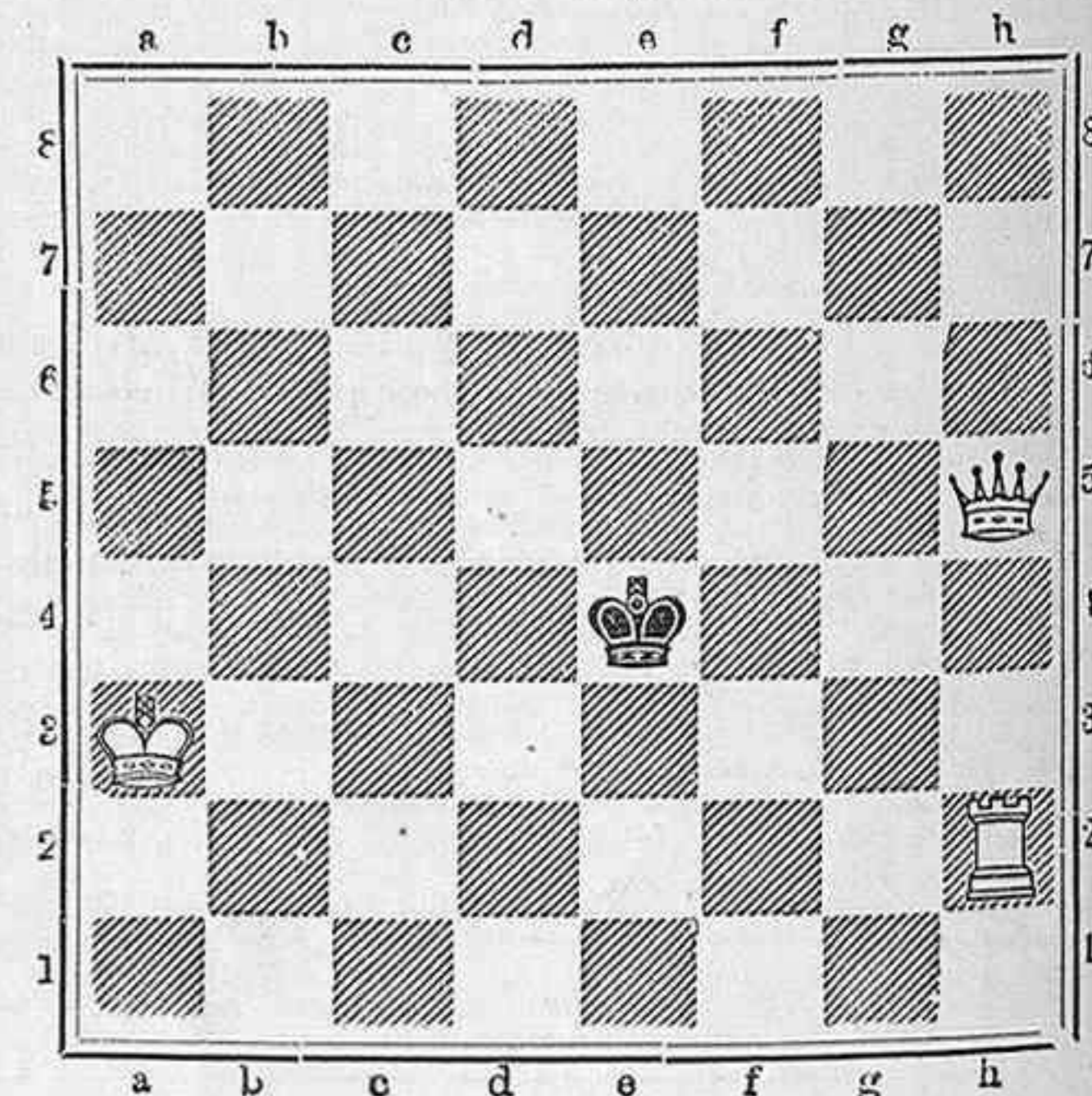
Necrología.—Han fallecido: Fedor Alexandrovitch Bredichin, célebre astrónomo ruso, director del Observatorio y profesor de la Universidad de Moscú, miembro de la Academia de Ciencias de San Petersburgo. D. Manuel Candamo, presidente de la República del Perú. Esteban Julio Marey, notable fisiólogo francés, miembro del Instituto de Francia, profesor del Colegio de Francia, inventor del esfigmógrafo para registrar las curvas de las pulsaciones del corazón, del pulso y de los órganos respiratorios, el primero que aplicó la fotografía instantánea á los movimientos del hombre, al vuelo de los pájaros y al galope del caballo. Rjabuschkin, pintor de historia ruso. York-Powell, filólogo é historiógrafo inglés, profesor de la Universidad de Oxford.

EXTRA-VIOLETTE Véritable Parfum de la Fleur. VIOLETTE, 29, 8^a Italiens, Paris

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 370, POR W. A. SHINKMAN.

NEGRAS (1 pieza)

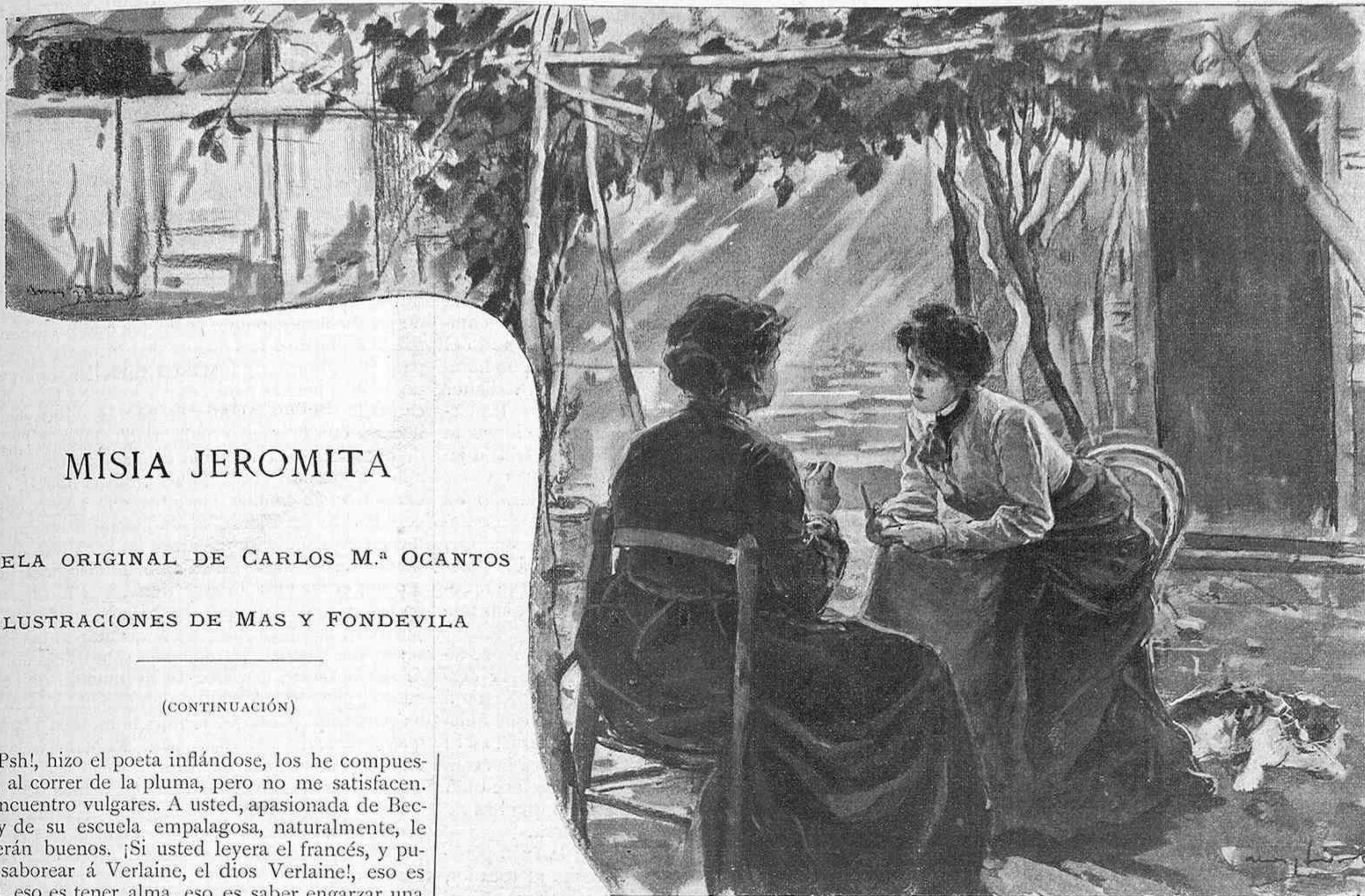


BLANCAS (3 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 369, POR W. A. SHINKMAN.

- Blancas. Negras.
- 1. Te2-e8 2. Cualquiera.
- 2. Te8-e8 mate.



Sentóse, pues, la morena Leoncita en una silla baja, á la sombra del parral...

MISIA JEROMITA

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS M.^a OCANTOS

ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—¡Psh!, hizo el poeta inflándose, los he compuestos así, al correr de la pluma, pero no me satisfacen. Los encuentro vulgares. A usted, apasionada de Becquer y de su escuela empalagosa, naturalmente, le parecerán buenos. ¡Si usted leyera el francés, y pudiera saborear á Verlaine, el dios Verlaine!, eso es poesía, eso es tener alma, eso es saber engazar una idea en cada palabra, perla de Oriente en su montura de oro finísimo; lo demás no pasa de sensiblería, que rechaza nuestro fin de siglo. Por supuesto, que la deleitará á usted Fernando Hierro, nuestro Becquer llorón y trasnochado; ¡quite usted allá, por Dios! Hierro, el purista, el clásico... ¡No me hable usted de la escuela española! ¡El español es duro, hasta ordinario! El francés, en cambio, es la lengua por excelencia: yo, palabra de honor, no leo sino en francés, y tengo hechos algunos ensayos que se los mostraré á usted, aunque no los entienda.

—Todo lo que usted quiera, Jorgito; pero, aunque me llame usted vulgar, á mi español me atengo. *Cadena soy que te encadena...* Lea usted, Elvira, están preciosamente hechos.

—¿Qué periódico es ese?, preguntó la mamá, abriendo boca tamaña.

—*El sí de las niñas.*

—A ver, á ver, exclamó Dolorcitas, busca los viajes; me han dicho que salen ustedes en el último número.

—¡A ver, á ver!

Tendiéronse todas las manos al periódico, que, con las alas abiertas, reposaba en las de Leona; pero ésta no le soltó, más curiosa que las otras.

—En la sección *Marina*, apuntó Dolorcitas con el abanico.

—¿Marina?, ¿qué tiene que ver?... ¿Será esto? *La gentil balandra P. P. O., con el bergantín J. C., de la matrícula del Caballito, se harán muy pronto á la vela, con rumbo á las costas de Himeneo...* Pero ¡qué tontos!

—¡Qué barbaridad!

La voz de D. Nepomuceno sonó como un trompetazo, y sus labios coléricos arrojaron sobre la enconada adversaria nuevo flujo de razones, como lluvia de piedra; misia Jeromita se defendía con calor, firme en su terreno, sin perder compostura, sin alzar el diapason, manejando ya la ironía, ya el desprecio, riendo unas veces y oponiendo á las estocadas del primo el argumento poderoso: «Lo que me dé la gana...» escudo en que D. Nepomuceno se estrellaba, y contra el cual daba golpes y testarazos. «Si aunque quieras...—Si no puedes...—Solamente una conciencia ciega, una cabeza destornillada...» La señora repetía: «Lo que me dé la gana...» Y el respingo hacía temblar el artefacto de su cabeza, la complicada peluca color de castaña.

—¿Qué pasa?, preguntó, bajito, misia Elvira.

—No sé; lunas de Jeromita, que está inaguantable, cuchicheó Pantaleona; acaso el pobre Nepomuceno, que nos quiere bien, la aconsejará algo... ¡Vaya una á saber!

Se distrajeron, porque el joven poeta, en la más

graciosa galiparla, exponía sus grandes proyectos para el porvenir, sobre la base firmísima del prometido ascenso en Relaciones, que le abriría á dos batientes las puertas de la diplomacia. ¡A qué buenos aldabones se agarraba! Al Ministro y al Presidente los tenía en el bolsillo... ¡Oh, papá Estado cumplía dignamente su misión!, la de amparar á los huérfanos, los inválidos, los desheredados todos de la República: todos los que, por culpa de la suerte, que les negó fortuna, inteligencia ó voluntad para el trabajo, víctimas fueran del vicio y de la miseria si papá Estado no les cubriese con su manto. ¡El Estado! *pater noster*, el padre nuestro, cuyo sagrado deber es dar pan y vestidos á los que no saben ganárselo; cargar con las deudas y errores ajenos; ser el Cirineo de los ciudadanos. Ya lo dijo Rousseau: que la educación y amparo de los hijos corresponde al Estado, á cuyo efecto le cedió en la forma que ustedes saben, echándoles á la inclusa, los que Amor le dió generoso; máxima esta que, atenuada conforme la civilización exige, habían puesto en práctica muchos (sin duda aludía á los Pérez Orza de Catamarca), colocando en una oficina pública á cada vástago así que le apuntaban los dientes: «¡Anda y que te críe el Estado!..» También á él hubo de recoger el soberano protector, cuando le faltó el apoyo de su padre, D. Jorge Cadenas. ¿Y qué fuera de él si no le recoge, no habiendo nacido con alientos de ganapán, y la divina Poesía, arrebatándole á la realidad, le apartaba del surco donde el trigo germina? ¡Papá Estado, gracias! ¡Tu hijo Jorgito te saluda!

—¿Ha leído usted á Rousseau, Sr. D. Nepomuceno?, preguntó Jorgito.

D. Nepomuceno, sobresaltado, contestó:

—¿A quién? Déjeme usted en paz; yo soy criollo viejo y no leo más que *La Opinión* por la mañana y *El Cotidiano* por la tarde.

Volvióse, al mismo tiempo, y advirtió la triunfante sonrisa de misia Jeromita; la vió satisfecha de haberle vencido, resistiendo valerosamente el empuje de los argumentos de todo calibre que empleara para que imperase la razón allí donde el delirio sentaba sus reales; y aunque callada estaba, fatigada también de la batalla, le pareció escuchar el irritante estribillo: «Lo que me dé la gana...»

Misia Elvira decía:

—¿Y cuándo te ascienden, Jorgito?

—¡Oh! Cualquiera día, contestó el joven, acariciando su barba amarilla como huevo hilado; precisamente espero pronto una vacante.

—¡Ah! Sí, dijo Leona riendo, debilidades de papá

Estado, que desea complacer á su *enfant galé*, como usted dice, Jorge, y le hará un huequito.

Monreal se levantó. Levantóse también misia Jeromita, midiéndose mutuamente, los ojos relampagueantes.

—¡Nepomuceno!

—¡Jerónima!

Monreal humilló la cabeza y dirigióse al grupo de la ventana, el que curiosamente le interrogaba con gesto mudo, que tradujo luego Pantaleona:

—¿Te vas ya? ¿Qué tienes?..

Él no podía hablar y la estrechó más conmovido que nunca la fría manecita. Y salió dando tropezones.

No volvería más, no volvería más. Su *idea*, su generosa *idea*, no se realizaría nunca, nunca.

Creyó sentir en los faldones el afrentoso contacto de una bota, la del joven y rubio italiano, muy fino y zalamero, que lucía un alfiler de corbata de coral y diamantitos; la bota, de charol seguramente, del señor D. Fortunato Lucca... Para colmo de desventuras, la perra de lanas, la blanca *Diamela*, le ladró en la puerta y le mordió los zancajos.

II

Asáltanme grandísimo temor y confusión, ahora que obligado estoy á referir la interesante conferencia de ambas hermanas, pocos días después de aquel en que D. Juan Nepomuceno Monreal fué vergonzosamente derrotado: ¿qué locuciones escoger y qué giros para expresar con fidelidad cuanto dijo misia Jeromita y contestó Pantaleona, de manera que todos los que me leyeren me entiendan? Porque desde que dí en la menguada *idea* de componer estas *Novelas*, ciertos críticos (que también los hay por acá, aunque parezca mentira) vienen zahiriéndome con motivo de que no escribo en el *idioma nacional* que ellos llaman y yo ignoro qué nueva lengua sea. Siempre he tenido la sana intención de hacerlo del mejor modo que mi ignorancia y el mal ejemplo me permitan; pero es tan importante la dicha conferencia, y tanta miga encierra, que no descara yo que, por torpeza mía, dejase el lector de gustarla: así, voy á ensayar contarla en dialecto criollo, que es, á lo que se me alcanza, el *idioma nacional* de los respetables críticos citados.

«Recién se había levantado misia Jeromita y estaba de bata y pollera de lustrina negra mateando en el jardín, cuando acertó á salir Pantaleona de su cuarto con un durazno, que pelaba, sin duda para comérselo.

—»Dejate de comer duraznos en ayunas, dijo misia

Jeromita. ¿Por qué no te tomás un mate, un buen cimarrón? Me parece, ché, que del solazo de ayer en el tambo me ha venido un chavalongo: me he puesto estas papas en las sienas... Veni, hombre, sentáte y decime lo que pensás de este proyecto que tengo y no me ha dejado pegar los ojos, ¡como sós tan letrada, vos!

»Se acercó Pantaleona, desde ya dispuesta á meterle los monos á la hermana, si ésta mentaba al gringo, por casualidad...»

¿Han comprendido ustedes? Sospecho que no, desgraciadamente. Dejo, pues, á otros la tarea de complacer á aquellos señores de la crítica, que no faltará quien lo haga mejor que yo, y proseguiré mi relato según mi leal saber y entender. Quedamos en que estaba la de Pérez Orza en el jardín muy ligeramente vestida, á pesar del fresco de la mañanita de marzo, con falda y cuerpo de alpaca negra, tomando su mate amargo, que era, sin duda, su desayuno habitual, cuando salió Pantaleona pelando el melocotón, y entonces la llamó y la instó para que se sentara, la confió el dolor de cabeza que sufría, y mostró deseos de consultarla sobre cierto proyecto que la había desvelado; acercándose, por último, Pantaleona, con bélicas disposiciones...

Sentóse, pues, la morena Leoncita en una silla baja, á la sombra del parral, y haciendo rodar entre sus dedos enmelados por el jugo la gorda y hermosa fruta que despellejaba, miró á la hermana con desconfianza. La mayor, lentamente, entre dos chupadas y un suspiro, comenzó á quejarse de los malos tiempos que corrían, de la carestía de muchos artículos, de los esfuerzos suyos para que la pensión cubriera todas las necesidades, esfuerzos inútiles, pues en poco estaba que tuvieran que coser para fuera como las Cadenas. Tan triste situación (que ella ennegreció á su gusto, de modo que Pantaleona la escuchaba alarmada, ociosa la navaja y sin catar la mondada fruta) la obligó á buscar el medio más decente de salvarla, sacando de la almohada, que es donde se esconden y maduran las ideas, esta felicísima, aquí expuesta: ceder en arrendamiento la pieza grande contigua al comedor, admitir un huésped en la casa. ¿De qué servía la pieza grande? Estaba llena de trastos, que se acomodaban en el *altillo*; por la pieza grande bien podían dar veinticinco pesos, ¡veinticinco pesos! Añadió misteriosamente, á medias palabras, como si *Barcino* y *Patitas blancas*, que enredaban cerca, pudieran comprenderlo, que corrían también el riesgo de verse con la pensión suprimida: un trazo en el presupuesto bastaba; ¿y entonces?.. Porque, la verdad, de la justicia de aquella pensión dudaba un poquillo: así se pasara recapacitando el año entero, no se acordaba de haber oído á su madre, ni á ninguno de la familia, que hubiera el padre figurado jamás en el ejército; recordaba, sí, que Adrián Eneene, por la intervención de su mujer, la tía Damiana, puso en favor de D. Jesús toda su influencia, entonces poderosísima, é hizo aprobar el proyecto sin discusión y con voto unánime. Los azares de la política desposeyeron á Eneene de su dictadura, y relegado á su provincia, en la obscuridad y el olvido, no era ya aquel árbol soberbio, la fuerte encina á cuya sombra los Pérez Orza, grandes y chicos, prosperaron milagrosamente.

Bueno. Había en el Congreso un diputado joven, Tito Barbado, que por meter ruido y conquistar popularidad, como el trapero en los recovecos andaba hurgando en los expedientes, á la pesca de chanchullos. ¡Valiente polvareda levantara si en la punta del gancho aparecía el de D. Jesús! y se ponía en claro el error, ó el engaño ó la... ¡Dios de los cielos! ¡Qué hacer, si Adrián había caído del candelerero para siempre! No les quedaría entonces más que la casita y sus manos lavadas.

Pantaleona apenas chistó, sobrecogida. Sin embargo, como todo reduciase á aprensivas cavilaciones de la hermana, indicó que le parecía muy bien prevenir los males posibles; que en cuanto á los de imposible remedio... Misia Jeromita quiso dar mayor fuerza á su argumentación, mostrando nuevas razones: además, la soledad la tenía amedrentada: no eran más que tres mujeres, las paredes bajas, y por lo tanto, fáciles de escalar; cierto que hasta ahora nada había sucedido; pero el mejor día, á pesar de la buena vecindad, los *Blümen* de un lado, el médico inglés de enfrente y las Cadenas de más allá, podían darlas un susto. El Caballito no es la ciudad, y así como está á media hora, parecía estar á diez leguas, en pleno despoblado...

—Por mí yo no tengo miedo, dijo Leona, diciéndose á dar un tajo al melocotón; en cuanto á alquilar la pieza grande, las primeras razones bastan para convencerme: que se alquile; hoy mismo se ponen los papeles; acaso demos con una buena señora, cuya compañía nos sea útil y agradable.

Chupó misia Jeromita la bombilla hasta agotar la calabaza.

—¡Una mujer más! ¿Pues qué falta nos hace? ¡Un hombre! Los calzones inspiran respeto y temor.

—¿Piensas de veras meter un hombre en la casa?

—¡Claro! Un hombre serio, que nos defienda si el caso llega. ¡Esta muchacha parece *tilingal*! Y que ya le tenemos, á Dios gracias; de manera, que ni poner papeles necesitamos.

Echó una ojeada de soslayo á la joven, y entre los gorgoritos de la bombilla vacía, pronunció este nombre:

—D. Fortunato Lucca.

A Leona se le cayeron la navaja y el melocotón de las manos. Furiosa, se levantó para increpar á la hermana: ¿estaba en sus cinco sentidos?, ¿no comprendía el escándalo que iba á armarse en todo el barrio, cuando se supiera que con ellas vivía un hombre joven y de las buenas trazas de aquel italiano? ¿Qué dirían sus relaciones todas, qué dirían las Cadenas, qué Jorgito? Porque si su honra de cincuenta años no sufría peligro, la suya sí, y no consentiría jamás que anduviera entre lenguas. ¡Cuántas voces dieron las dos, á seguida del violento estallido de Pantaleona!, pues como Sebastiana estaba de compra, no se quedó corta misia Jeromita para replicar, y allí mismo se pusieron verdes, asustando á la gatuna pareja, que salió escapada, y á *Diamela*, que aprovechó el tiberio para llevarse en la boca el caído melocotón.

—Que te opongas ó que no, la pieza grande se alquilará al Sr. Lucca, siguió chillando la mayor después de apagar los fuegos á Leona y de obligarla á huir, llorosa y descompuesta; que digan lo que quieran las Cadenas. Y si te parece, vas á contárselo á tu primo Nepomuceno... Aquí le espero, por si la zurra de la otra noche no le ha bastado y le apetece otra. ¡Perra, desagradecida!, que si supieras lo que has dicho, te cortabas la lengua con los dientes...

Encerróse Leona en su alcoba y en la suya penetró misia Jeromita, ahogándose, derecha al tocador, para auxiliarse con el frasco de Colonia. ¡Pero, señor! ¿Qué se figuraba la chiquilla esa? ¿Qué se figuraba el primo Nepomuceno? ¡Nepomuceno! ¡Quien menos derecho tenía á alzar el gallo! ¡El zángano, el piojoso! Seguramente había soliviantado el ánimo de la muchacha, imbuyéndola desatinadas ideas de rebelión contra su santa voluntad. Bien, que se rebelaran los dos, que chillaran hasta ponerse roncos, no dejaría por eso de cumplirla; y que murmuraran las Cadenas y todas las lengüilargas del barrio, él, él entraría bajo su techo con los honores del triunfador.

Poco á poco se serenaba, sonriendo al despertar de dulces recuerdos, aplicado el frasco á las narices, balanceándose en la mecedora, mientras el áspero reclamo del tranvía sonaba en la calle. ¡El tranvía! Allí le conoció, á él, á Fortunato, aquella mañana del aguacero... ¡Ay!, sí, digan lo que quieran cuantos de corazonadas se burlan y niegan á pie juntillas que los actos humanos están fatalmente supeditados á una voluntad superior, que nos mueve y lleva como títeres á su albedrío; no cabía duda que si aquella mañana el reloj no se retrasa, y no sueltan las nubes un chaparrón, y no se la olvida á ella el paraguas (preparativos todos del Destino para facilitar el enlace de dos almas), ni conoce misia Jeromita á Fortunato, ni Fortunato cae en la tentación... ¡Ay!, sí, la lluvia la sorprendió antes de subir al tranvía, y por alcanzarle más pronto, tropezó y diera en el arroyo y se calara toda, si el brazo y el paraguas de aquel joven amable no lo impidiesen... Era hermoso como un arcángel, blanco, sonrosado y rubio, con ojos de zafir, barba dorada y guedejas sedosas, un San Gabriel miserablemente enfundado dentro de un gabán gris, y afrentado por el hongo de color y las enormes botas embarradas.

Ríanse, sí, ríanse también los que quisieran que el corazón femenino, por amojamado, fuera insensible á los varoniles atractivos. ¿Por qué injusticia tamaña? ¿Pues no anda por ahí cada prójimo, con el fardo á cuestras de los setenta, encalabrinándose y babeando al paso triunfal de una muchacha jacarandosa? ¿Qué ley ni qué pragmática otorga al hombre este derecho y á la mujer lo quita, estableciendo para la una el límite de la edad, que no rige para el otro? ¿Y por qué lo que en el uno apenas choca y es digno de consideración, en la otra ha de ser motivo de befa, chacota y regocijo sainetesco? Ríanse, digo, los tales que, por no entender de psicologías, pretenden que el amor alienta sólo en pechos juveniles, y desearan verle siempre en el libro y en el teatro de melenita rizada y tonelete color de rosa; mas no echen á broma si aquí se asegura que la vista del San Gabriel mal pergeñado á la moderna dejó absorta á la señora de Pérez Orza y removió las fibras todas de su corazón, helado casi por tantos años de virtuoso celibato.

El Destino, que en aquel momento gobernaba su voluntad, la entregó desarmada al enemigo, abandonándola pérfidamente. Ella puso toda la miel de su cortesía en la palabra de gracias con que pagó el servicio recibido, y la vulgar respuesta: «No hay de qué...» suavemente pronunciada, la confundió más y más aumentó el hechizo. ¡De qué medios tan simples y vulgares se vale el Destino para enlazar por siempre dos almas!

Era el héroe toscano, y su historia la misma de muchos otros: la escasez en la aldea natal, que obliga á expatriarse, el miraje de América que finge la ambición, la cosecha de ilusiones y desengaños, la sorpresa de la realidad fundada sobre la base del trabajo... ¡El trabajo! Dios único, á cuyas aras han de acudir forzosamente todos los que no quieren llamarse á engaño. Las manos de Fortunato Lucca eran pequeñas, limpias y lustradas como las de un príncipe, manos hechas para estar ociosas en la aristocrática prisión de los guantes de Suecia, y no para encallecerse con el mango de la azada. Hijo del maestro de escuela, con educación suficiente, llegó dos años antes al país en busca de un empleo liberal, que no encontró; sin familia, sin amigos ni apoyo, ¿qué hacer? Estaba en Flores, desempeñando un cargo ínfimo en un comercio, mientras no le saliese otro más provechoso y digno de su ambición legítima; porque, eso no, él no vino á cavar tierra, y si le dijeran que en las entrañas de ésta se hallaba el tesoro de su porvenir, mendigar prefería á ejecutar lo que sus hábitos, sus gustos y su delicada salud le prohibían y *la sua mamma*, al partir, le recomendó que no ejecutase, por todos los santos en general y la Madona en particular. ¡Con qué ternura nombraba á la madre, qué meloncolía exquisita para acentuar la lamentación contra su mala estrella!..

—¡Y sin embargo, me llaman Fortunato!

La de Pérez Orza sintió maternales impulsos de proteger al hermoso arcángel descarriado, y con atropelladas palabras se le ofreció en cuanto quisiera mandarla, dió su nombre, expuso su calidad de pensionista y propietaria, y dejó correr hasta fiar promesa de colocarle mejor, porque contaba con buenos amigos en el mundo oficial.

Y saluditos vienen y van cada mañana, y sesión de palique en cada nuevo viaje, y cartas recíprocas acerca del asunto de la colocación, acabaron de hacerles perder á ella el seso, y al toscanito la vergüenza. Para buscarle el empleo soñado, pensó misia Jeromita en Barbarossa, dueño de la antigua ferretería de Cadenas, y tal empeño mostró, que el italiano admitió al fin á su compatriota en muy buenas condiciones, llevando la señora su generosidad, porque se presentara decentemente vestido, hasta regalarle un traje completo, de casimir finísimo, y un alfiler de corbata que fué de D. Jesús, y pañuelos, camisas, calcetines... Gozaba en la satisfacción de sus impulsos maternales hacia el bonito jovencuelo de veintidós años, se ufanaba en contemplarle tan majo y ser una segunda *mamma* suya, superior á la otra en lo previsor y en la abundancia de medios protectores; embriagada por el aroma juvenil, apeigábase á él cada día la solterona, y pronto los coloquios en la tienda de Barbarossa, mostrador de por medio, fueran más frecuentes si no se opusieran razones muy graves, muy graves. Como perrillo callejero, que ha encontrado un asilo, Fortunato mostrábase su agradecimiento en formas zalameras que la entontecían: su *mille grazie* á cada nueva dádiva (más de una vez misia Jeromita volcó su bolsillo en aquella mano aristocrática), era música de ángeles para su corazón amoroso; y multiplicaba las dádivas por asegurarle mejor.

—¿Es alguna parienta tuya?, preguntábanle el colosal Barbarossa, el patrón; Nero, el segundo socio; el hijo de Nero, Felipito, un mozalbeta pelinegro y burlón, y los dos dependientes, Pietro Calli y Giacomo Verola, sus compañeros.

Y Fortunato, guiñando el ojo con picardía, contestaba:

—Sí, es mi abuela.

No cayó la infeliz señora de Pérez Orza en tan peligrosos extremos sin luchar heroicamente; las razones *muy graves*, que ella misma oponía á su afición, tan pronto como se dió cuenta de ella y pudo distinguir el carácter verdadero del instinto maternal con que se disfrazaba, revestían en sueños las formas tangibles de Pantaleona y D. Juan Nepomuceno, que la acosaban furiosos y la despertaban sobresaltada; durante la vigilia, la vista de la hermana ó la visita del primo renovaban la temerosa batalla entre su deber y su capricho, y así, ni despierta ni dormida gozaba de paz alguna, presa por invisibles y misteriosas cadenas, de cuyos cabos tiraban Pantaleona y don Juan Nepomuceno, hasta inutilizar su voluntad y ahogarla. Pero, si grande era el obstáculo, más gran-

de todavía era la pasión insana, y entre luchas, zozobras, cavilaciones y desfallecimientos, se alojaba la resistencia, enmudecía la razón y el diablo soplabla sobre las brasas para avivar la llama en que misia Jeromita se consumía; por broma ó por cálculo (los acontecimientos posteriores prueban que fué obra de cálculo), Fortunato insinuó melosamente una tarde, en la tienda, algo que sacó toda la sangre á la cara de la solterona, y ésta, que sentía la comezón de las miradas de Nero el pequeño, contestó tartamudeando:

—¿Estás loco, hijo? El día que yo me casara me quedaba sin pensión. Estoy condenada á celibato perpetuo.

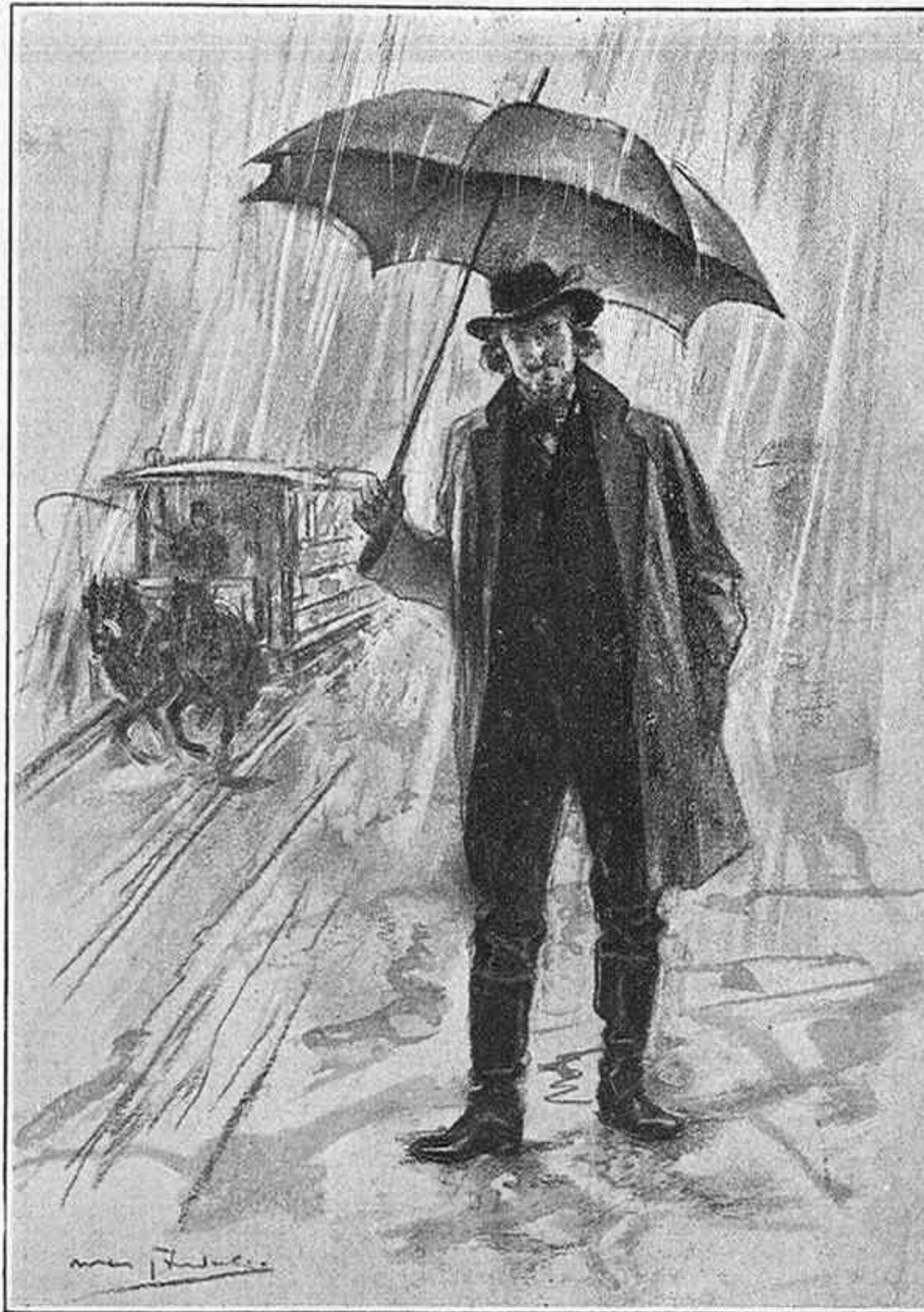
Suspiró dolorosamente, y el mozo sepultó los dedos en las doradas guedejas, buscando inspiración para conciliar tan opuestos intereses. Era preciso encontrarla, porque el doncel florentino estaba ya aburrido de la sujeción en la tienda, del obligado madrugar, de la brega diaria con parroquianos, patronos y dependientes; sus manos padecían del roce de los utensilios de hierro y los bajos menesteres; su instinto señorial de la mezquindad de la alcoba en que dormía, del cacho de espejo incapaz de reflejar su imagen y de las toallas y sábanas de lienzo, cuya aspereza le irritaba la piel; su muelle voluntad, en fin, de prestar obediencia y acatamiento á las ajenas en todo aquello que no contribuyese á la lisonja propia. La conquista de América puede intentarse por medios diversos, y no llegan sólo á alcanzarla (así se lo aseguraba á Fortunato la holgazanería) aquellos que sudan sobre la tierra. Los mimos y carantoñas de misia Jeromita sugirieronle el que más convenía á su naturaleza, el más cómodo y descansado, y no tuvo escrúpulo en proponerle á la abuela, y al proponerle no paró mientes en las canas, arrugas y trasnochados encantos de la solterona; pensó únicamente que los labios grietados y cubiertos de carmín se abrirían para dar el sí á todos sus caprichos, la sobada cartera para derramar en sus manos todos sus billetes; pensó en el *dolce far niente* de maridito bien cebado, bien vestido, bien tratado, amable realización de sus sueños de la aldea.

—¿Casaca á mí?, repitió ella embelesada. Si no puede ser, hijo.

Como del pedernal sale la chispa, de la cabeza rabia del arcángel salió la idea conciliadora, y era tal, que ni la virtud sufría quebranto, ni la pensión menoscabo, ni la sociedad agravio, ni carga la conciencia, porque con burlar la ley..., muchos la burlan á destajo y tan campantes. ¡Ay! Misia Jeromita no la rechazó, antes la diputó por muy feliz y peregrina; mas no cedió á la habilidad italiana sin trabar nuevos combates en la sombra de la noche con los fantasmas de Pantaleona y del primo, sorprendiéndola el alba con los ojos abotargados por el insomnio; y hay que decirlo para que se la conceda el perdón que su debilidad merece: no aceptó la idea del toscano sino cuando se sintió vencida, ya ciega y sorda á la razón y á todo miramiento.

—Haz lo que mejor te parezca, Fortunato; me someto á todo, á todo me resigno. No sé qué rara influencia tienes sobre mí, que me dominas y mareas. La dificultad está ahora en hacer pasar el trago á Pantaleona: es terca, voluntariosa, indomable; el día de tu visita te echó la vista encima con desconfianza: será tu enemiga jurada, no lo dudes. Temo que vamos á andar de zarpa á la greña... En fin, hijo, hágase tu voluntad. ¡Ah, por qué me dejaría yo el paraguas aquella mañana! No te hubiera conocido, ¡píllolo!, y por querer hacer de madre tuya (que bien pudiera serlo, ó no lo ha reparado tu afecto), cayera de cabeza en esta deliciosa tentación... Otro enemigo tendrás en casa, tan furioso y más también que Pantaleona: Nepomuceno, mi primo; un mal casado á quien las penas han revuelto el genio, y es más agrio que el propio limón; pero, á ese le doy un par de bufidos el día que se desmande, y á volar. Tal vez, como eres tan fino y azucarado, te les cueles á los dos en la voluntad y les domesticas, ¿no se amansan con dulzura las fieras? Y entonces el Caballito se igualará al paraíso. ¿Para quién serán los primeros frutos de la huerta? ¿Para quién el mejor racimo del parral? ¿Y la gallina más gorda? Para el nene mimado de la casa. ¡Cómo te vas á poner el cuerpo, holgazán! ¡Qué cuarto voy á prepararte! Con muebles de nogal, y lindas cortinas, y una mesa de escribir, para que escribas á tu madre, á la de allá. Ya me dolía el pensar en el malísimo que ahora ocupas, y lo peor que te darán de comer: ¡pues apenas sabe Sebastiana condimentar los platos de tu tierra!, y cuando te hartes de ellos, aquí estoy yo para hacer todos los guisados criollos que quieras...

Sonreía misia Jeromita, hamacándose en la mecedora, serena ya, y con el frasco de Colonia sobre la falda. El recuerdo de la idílica residencia que á Fortunato destinaba, provocó otro, y otros más, que debían traducirse en las urgentes ocupaciones del día: ver al ebanista, al tapicero y al albañil para que diera una mano de cal á la pieza grande... ¡Ah! Y llevar los papeles á Fortunato. Se levantó, y delante del tocador, procedió á aderezar el rostro untándole de *cold-cream* casero, y almidonándole generosamente, poniendo en los labios y en los pómulos buena cantidad de carmín, y con la punta de una horquilla



Era hermoso como un arcángel, blanco, sonrosado y rubio

quemada en la llama de una bujía, ennegreciendo cejas y pestañas; ahuecó la peluca de modo que no descubriera las canas auténticas, y satisfecha de su arte decorativo, buscó en el armario la sombrilla de las grandes ocasiones, la del rabo de marfil y encajes blancos, y el abanico de nácar y lentejuelas.

Después del almuerzo (al que no asistió Pantaleona) salió de casa y tomó el tranvía. ¡Qué ufana iba, qué orgullosa, y cómo dejaba sentir los mil perfumes en que se había ungido, el benjuí de las ropas, el jazmín del pañuelo y el delicadísimo de la diamela y las flores del aire que, encerradas en un cucurucho de papel, llevaba como obsequio á Fortunato! Hubieron de abrirse los cristales, y cumplido el obligado calvario de atascamientos, descarrilamientos, revolcones de caballos y cien más tropiezos, que son atributo y gloria de las calles y tranvías bonaerenses, apeóse la señora en la puerta misma de Barbarossa; que si antes no se ha dicho, enmiéndose ahora la omisión señalando que estaba la ferretería situada en la calle de Rivadavia. Entró, pues, misia Jeromita en la tienda á tiempo que tres fornidos mozallones hacían rodar sobre dos carriles una vagoneta, que llaman aquí *zorra*, no sé por qué mal motivo, la cual traían cargada de cubos de hierro y muchos líos de alambre enroscado; vestían de lienzo blanco los tres, con anchos calzoncillos y mandil ceñido á los riñones, camiseta listada, boina y alpargatas, el pecho y las pantorrillas al aire, cubiertos de sudor y de vello, y con tal furia empujaban, que á poco atropellan á la señora, si ella no chillaba y detrás del mostrador no voceaba el patrón, Barbarossa, hércules de rojiza y crecida barba, de miembros recios y facciones brutales, como forjado á martillazos sobre el yunque de un ciclope.

En lo más alto de la anaquelaría que rodeaba el hondo almacén, sobre una escalera, Giacomo, el dependiente, escogía paquetes de clavos y dejábalos caer en una banasta que abajo sostenía Pietro Calli, gritando á cada uno que arrojaba: *due, cinque, sete*, como si jugaran ambos á la morra; los dos muy preocupados en su tarea, vigilados por el patrón y el socio Nero, un viejecito de nariz bulbosa que en el fondo se paseaba, rasca que rasca á la nariz y mira que mira el acompasado caer de los paquetes. El otro Nero, el pequeño, y el bonito Fortunato estaban junto al mostrador; volviéronse al chillido de la de

Pérez Orza, y así que la reconocieron cambiaron una mirada, que de Nero pasó á Fortunato, de éste subió al techo y tropezó con el socarrón de Giacomo, bajó y sorprendió á Pietro, y buscando al viejo Nero, á quien quitó los dedos del naso irritado, fué á parar al colosal patrón, que se inclinaba cortésmente ante la señora; tras de la ojeada brotó una sonrisa, la de Fortunato cruel, la de ambos Neros burlona, despreciativa en Giacomo y Pietro y en Barbarossa de lástima, y todos contestaron á la salutación que misia Jeromita les enviaba desplegando el abanico de lentejuelas.

—¡Buenos días nos dé Dios!

—Allí le tiene usted, indicó Barbarossa maliciosamente.

Fortunato avanzó y la tendió la mano. Ella se dejó llevar hasta una silla de la trastienda y se sentó emocionada; allí no podían verlos, y debatirían el magno asunto lejos de la curiosidad de los impertinentes.

—Me encontrarás muy pálida, ¿verdad, hijo?, con ojeras tamañas: es del sofocón que me ha propinado Pantaleona, porque sabrás que ya ha roto las hostilidades esa mocosuela, esa entrometida. ¡Tiene gracia esto!, que á mis años deba dar cuenta de mis actos á una niña de colegio. ¿La he dicho yo algo de sus amores con ese Cadenitas insulso? Ni esto; ni jota. Y mira si había que decir... Pues nada, apenas le anuncié lo convenido, que tú alquilabas la pieza, se me desbocó y casi me araña, hecha un basilisco. ¡Ay! No sé cómo no me dió un accidente. No ha querido almorzar, y ahí se queda encerrada la indina... También el otro, el otro, Nepomuceno, fué con pretensiones de ajustarme cuentas y le saqué con las orejas calientes... ¡Esto clama al cielo!

Dulcemente, Fortunato trataba de calmarla en su jerga italiana, con muchos *mio Dio* melosos, y *paciencia, pacienza*, á calderadas. Era *naturale* que la *signorina* y el *vecchio* se escamaran al principio; pero la píldora estaba tan lindamente amasada, que el viejo, la niña y el mundo entero se la tragaban sin sentir.

—¡Ay, qué bien lo arreglas todo!, dijo misia Jeromita; no me extrañará que á los tres días estés con Pantaleona á partir de un confite, porque eres más fino y hábil que un diplomático; así me has embaucado á mí y me tienes chocha, florentinito diabólico. Bueno; al grano. Aquí

traigo los papeles: mi fe de bautismo y los demás que hacen falta; los he sacado yo misma, pues si nos sienten las moscas estamos perdidos. ¿Han llegado los tuyos?

—Sí; están arriba, en mi baúl.

—Perfectamente; entonces...

—La semana que viene, el *giovedì*, á las tres.

—¿Qué es eso de *giovedì*? ¿El jueves? A veces me cuesta entender tus terminachos; también te costará á ti entender los míos criollos, ¿verdad? Quedamos en que el jueves, á las tres: de aquí al jueves se blanqueará tu cuarto y se amueblará. Pero dime, ¿cómo haremos? ¿Irás tú ó vendré yo?

El joven explicó su programa, con ademanes y visajes, que traducían las palabras incomprensibles, atusando las guedejas blondas ó el bigotillo de seda, mientras recorría el pequeño espacio libre que dejaban las cajas y las pilas de braseros, anafes, cubos y otros utensilios depositados en la trastienda; mareaba á la solterona con sus paseitos y su labia, y á cada número la interrogaba con un *¡capite!*, al que misia Jeromita asentía dando una cabezada.

—Sí, *capito*, digo, comprendo... Al fin, vas á hacer de mí una gringa de cuerpo entero. Pero ¡por Dios!, no te muevas tanto, hijo: estoy mareada, de tus paseos, de lo que me dices, ó del olor de estas flores. De manera que vendré yo...

¡Claro! Vendría ella sola, vestida muy sencillamente, sin decir oxe ni moxe á Pantaleona, ni darla nada que sospechar, y en la ferretería la esperaría él con los dos testigos Giacomo y Pietro: la ceremonia no tendría lugar en la iglesia, porque si había de mantenerse secreta, mejor y más seguro era verificarla en una casa particular, en la de Nero, por ejemplo, que vivía con su padre; tenía Nero un amigo cura tan influyente, que hasta de las amonestaciones en la parroquia les dispensaba, y él mismo les echaría una bendición que ni el Padre Santo de Roma.

—Bien, bien, dijo la señora; ¡pero anda el pandero en tantas manos, Fortunato! Si en una sola no está seguro un secreto, ¿qué será en poder de tus tres compañeros, que me parece gente informal y burlona? El Felipito de todo se rie y todo se le vuelve mostrar los dientes; tu Giacomo es otro que tal, y de Pietro no se diga, pues á irrespetuoso y ordinario no le gana su compinche.

(Continuará)

Deporte americano.—El lanzamiento del disco

¡Cuán cierto es que en este mundo todo pasa y todo vuelve! Lo mismo en materia de suyo tan caprichosa como las modas de la indumentaria, que en punto á cosa tan grave como los gustos artísticos, lo que ayer parecía anticuado, ridículo y antiestético,

vieja Hélade, donde tanta atención se prestaba á los ejercicios corporales y en donde se organizaban juegos solemnísimos que han dejado su nombre en la historia.

Ahora mismo está muy en boga entre las norteamericanas el juego del disco; pues bien, este ejercicio, en el que las jóvenes yanquis hacen gala de su fuerza, de su destreza y de su gracia, fué inventado, si hemos de dar crédito á la mitología, por Perseo y cultivado por Cástor y Pólux y aun por el propio Apolo, y hacía las delicias de los héroes de Homero y de Píndaro.

Los discos de que se valieron aquellos

usados, ni las formalidades para el lanzamiento son ahora tantas como eran antiguamente. Mas no se crea, por esto, que pueden las modernas discóbolos arrojar el disco de cualquier manera; para este como



PARA COGER EL DISCO

Debe cogerse el disco con los dedos estirados, apoyándolo en la palma de la mano y en la muñeca

hoy se tiene por modernísimo, elegante y bello. Y así sucede con otras muchas cosas.

En efecto, esta afición á los deportes que de algunos años á esta parte se ha despertado, ¿qué es sino una reminiscencia de los ejercicios de la



MALA POSICIÓN

El brazo que lanza el disco está demasiado apartado del cuerpo; el movimiento tendrá menos fuerza

personajes fabulosos y más tarde los griegos de los tiempos históricos, eran de piedra, de hierro ó de plomo y solían estar adornados con algunas figuras.

En algunos museos, entre otros en el de Berlín y en el Británico de Londres, se conservan varios de ellos, por los cuales puede venirse en conocimiento de la forma, de las dimensiones y del peso de estos objetos, si bien el peso y las dimensiones variaban según la edad y la fuerza de los luchadores.

He aquí la descripción que de este juego hace Luciano.

El atleta discóbolo tomaba el disco, lo revolvía en arena para poder asirlo mejor, buscaba luego el sitio más á propósito para cogerlo y lo colocaba vertical entre sus dedos apoyado en el antebrazo. Situábase luego en el sitio marcado para lanzarlo, que era una pequeña eminencia donde sólo podía estar de pie un hombre, adelantaba la pierna izquierda, se inclinaba volviendo la cabeza hacia la derecha, doblaba las rodillas, levantaba el brazo hacia atrás y, dando el impulso, imprimía á la mano un movimiento de rotación y despedía el disco. En el punto en que primeramente tocaba á tierra cada disco se ponía una señal, que solía ser una flecha clavada, y el que había lanzado el disco á mayor distancia era proclamado vencedor. Discóbolo hubo, como Faylos de Crotona, que arrojaba el suyo á más de 29 metros, distancia no superada por ninguno de sus competidores.

Este juego no dejaba de ser un tanto peligroso; según la tradición mitológica, practicándolo mató Apolo á Jacinto.

Entre el ejercicio del disco tal como lo practicaban los griegos y tal como lo practican actualmente las norteamericanas, existe, como es natural, mucha diferencia, pues ni los tejos que éstas emplean tienen



ANTES DE LANZAR EL DISCO

Se inclina el cuerpo hacia delante; la mano derecha, que sostiene el disco, está ligeramente separada de la línea del cuerpo.

para todos los deportes hay sus reglas, que previenen cómo debe cogerse el disco, las actitudes que debe adoptar el cuerpo para lanzarlo, etc., según es de ver en los grabados que en esta página



LANZAMIENTO DEL DISCO

Se extiende el brazo deslizándolo á lo largo del cuerpo y doblándolo luego hasta la altura del hombro

antigüedad? El pugilato, las carreras, los juegos de pelota en sus variadas formas, tienen su origen en la



SOLTURA DEL DISCO

El movimiento violento del brazo se detiene bruscamente y la mano se entrecierra soltando al disco

reproducimos. La elegante señorita yanqui que en éstos figura describe el juego del disco tal como en

su país se juega, del modo siguiente: «El deporte del disco es extraordinario para desarrollar la fuerza y la destreza. Trátase de lanzar lo más lejos posible una especie de plato hueco; de algunos centenares de gramos de peso. Para ello es preciso saber cogerlo con la mano apoyándolo al mismo tiempo en la muñeca, y luego extender progresivamente el antebrazo y el brazo, haciendo fuerza con el hombro, hasta el momento de soltar el disco, que ha de hender los aires para caer lo más lejos posible.»

El ejercicio, como se ve, es de fácil práctica y resulta en extremo elegante. Bien puede asegurarse, por consiguiente, que no tardará en ser importado en el viejo mundo y que vendrá á sumarse al croquet, al *lawn-tennis* y á los demás deportes femeninos que con tantas aficionadas cuentan entre las clases elevadas de la sociedad.—X.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

MAPA PANORÁMICO DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA. — La casa Bailly-Baillière é Hijos, de Madrid, acaba de publicar este mapa del teatro de la guerra, que comprende la China, la Mandchuria, Corea, Rusia Asiática y el Japón y que consta de dos hojas de un metro por 55 centímetros: en la primera está representada la topografía del terreno en forma panorámica; en la segunda, que es de papel transparente, están representados en perfiles los mismos países, pero con los nombres de las poblaciones, puertos, fortalezas, ríos, mares, montañas, etc., de modo que poniendo esta segunda hoja encima de la primera se encuentra en seguida el lugar que se desea y pueden seguirse fácilmente las operaciones de los dos ejércitos beligerantes. Completa este mapa un croquis en que están numerados todos los países que se representan y un índice alfabético de los nombres de pueblos, etc. El precio de este mapa es de dos pesetas.

NUEVA GEOGRAFÍA DE COLOMBIA, por F. J. Vergara y Velasco. — Es esta una obra de valor grandísimo por lo completa, por lo razonada y por el excelente método científico que en ella ha presidido; y sentimos que la índole de esta sección no nos permita ocuparnos de ella con todo el detenimiento que por su importancia merece. Hasta ahora sólo se ha publicado el tomo primero, dedicado á la Geografía General, que forma un volumen de más de mil páginas, dividido en cuatro capítulos que tratan del territorio, de la capacidad productora del suelo, de la historia y de la geografía militar, y cada uno de los cuales es un verdadero arsenal de datos interesantísimos y de atinadísimas consideraciones. El tomo va profusamente ilustrado y lleva al final un índice alfabético. La obra, en suma, honra en



La fuente de Amor, cuadro de Juan H. Fragonard.

alto grado á su autor, el Sr. Vergara y Velasco, y al presidente de aquella República, Excmo. Sr. D. José Manuel Marroquín, bajo cuyos auspicios ha sido publicado oficialmente. Ha sido impreso en Bogotá, en la imprenta del Dr. Joaquín Molino.

LOS PUEBLOS HISPANO-AMERICANOS EN EL SIGLO XX, por Ricardo Beltrán y Róspide. — Nuestro distinguido colaborador ha coleccionado en un tomo las «Revistas hispano-americanas» que desde 1901 ha publicado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, refundiendo en capítulos especiales todas las noticias referentes á cada Estado americano y ampliándolas notablemente. Como nuestros lectores han podido apreciar la notable valía de los trabajos del Sr. Beltrán y como además es bien conocida la excepcional competencia de tan distinguido historiador y geógrafo, creemos excusado hacer el elogio de su obra, que aparte de su evidente importancia resulta curiosa y amena. El libro ha sido impreso en Madrid en la imprenta de Administración militar y se vende á cinco pesetas.

ción. La obra ha sido editada en Barcelona por D. Antonio J. Bastinos.

LA SUBSTANCIA UNIVERSAL, por Alberto Bloch y Paraf-Javal. Traducción española de Anselmo Lorenzo. — Esta obra, esencialmente racionalista, se divide en dos libros: en el primero se estudian los cuerpos y sus propiedades y la substancia, es decir, el conjunto materia-energía; en el segundo se establece cómo la substancia ha podido evolucionar hasta el estado en que constituye actualmente el Universo. Ha sido publicado en Barcelona por la Escuela Moderna y ha sido impreso en la imprenta de Antonio López.

QUIEN Á BUEN ÁRBOL SE ARRIMA... VIAJE Á LA LUNA, por Juan Fabregues Sintet. — Dos piezas en un acto escritas en prosa, y estrenada la primera con aplauso en el teatro Isleño de Mahón. Han sido impresas por Francisco Fabregues, en Mahón, y se venden á una peseta cada uno.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.— Precio: 12 REALES.
Hagite en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Frasco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co. B^o St-Denis, 48

VINO NOURRY
ANEMIA
DEBILIDAD
LINFATISMO y
ENFERMEDADES
del PECHO
Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de
Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.
CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero) Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris

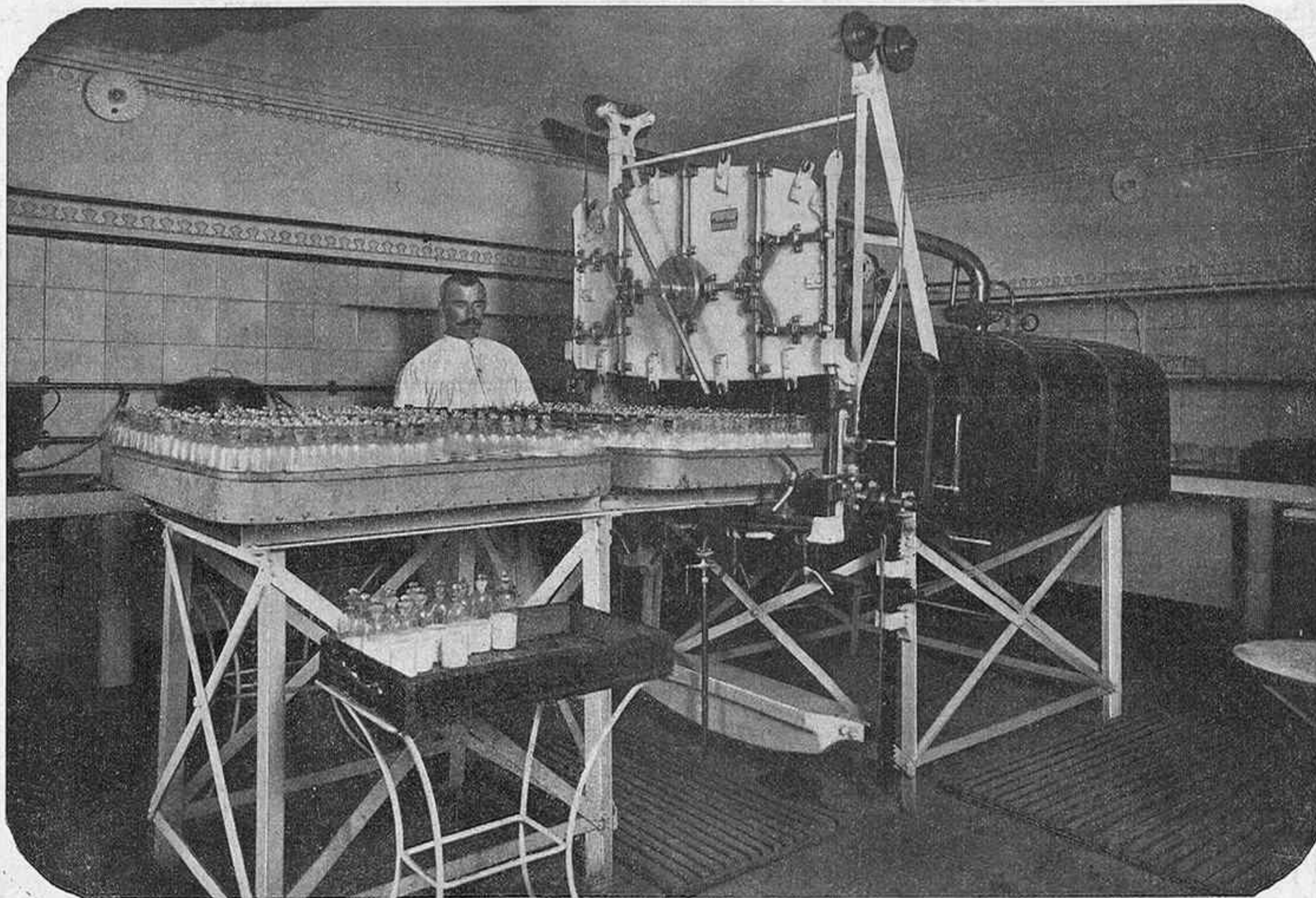
CASA DE LACTANCIA

ESTUFA
ESTERILIZADORA

El importantísimo servicio de lactancia gratuita, establecido por nuestro Municipio en 14 de agosto del año último, y de cuya benéfica cuanto provechosa institución nos ocupamos con el aplauso que se merece, se ha completado, instalándose en forma más perfecta y en las condiciones requeridas, en un edificio apropiado, sito en la calle de Valldoncella, en donde se hallan armonizadas las necesidades y servicios á que responde la institución, con la comodidad y el buen gusto.

Al transponer los umbrales de la Casa de lactancia, vese que el orden y el más perfecto aseo constituyen la característica, de suerte que cuantos visitan el establecimiento llevan consigo la doble impresión que produce su agradable aspecto y la del inmenso beneficio que reporta, contribuyendo á sostener y nutrir á un considerable número de niños que, tal vez, privados del auxilio de la *gota de leche*, sucumbirían necesariamente.

Entre los aparatos y útiles que funcionan ó se utilizan en las varias dependencias,



BARCELONA. - Estufa esterilizadora de leche, regalada á la Casa de Lactancia por S. M. el rey D. Alfonso XIII (De fotografía de A. Merletti)

llama la atención la hermosa estufa esterilizadora, construída en esta ciudad con arreglo al proyecto del doctor Macaya, director de la Casa de Lactancia y á quien se debe en grandísima parte el desarrollo alcanzado y los resultados obtenidos. La estufa es de sistema horizontal, pudiendo esterilizar 1.500 botellas en cada operación. Este aparato, al igual que la máquina tubular generadora de vapor y la automática para la limpia de las botellas, han sido costeados por S. M. el rey D. Alfonso XIII, que al tener conocimiento de tan útilísima fundación, quiso contribuir á su fomento, convencido de las ventajas que reporta. Estas, pregónalas la estadística con sus irrefutables guarismos. Desde el 14 de agosto de 1903 se han distribuído más de 24.000 litros de leche esterilizada, ascendiendo á 537 el número de niños inscritos, de los cuales concurren todavía 247. La leche se entrega diluída y esterilizada á los menores de seis meses y sólo esterilizada á los que pasan de dicha edad, entregándose diariamente á cada madre una cestita metálica que contiene ocho botellas con la cantidad necesaria. El cierre de cada botella es hermético por medio de presión atmosférica.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXIJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(DOS SIGLOS DE ÉXITO)
No contiene ni Colchico,
ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artritis,
la Diabetes, las Enfermedades
del Hígado y de los Riñones.
Fiebre PLANCHE
en Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.

Las
Personas que conocen las
PÍLDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO Á
LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS
DRES
JORET-HONGUE
CURA
LOS DOLORS, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SEGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165 r.
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE - QUINA - HIERRO
El más poderoso Regenerador.

ENFERMEDADES
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones Incompletas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

◀ ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE ▶
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de exito.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.